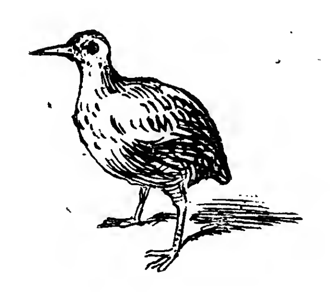
Godofredo Daireaux

Fábulas Argentinas

EDICIÓN ESCOLAR ILUSTRADA



PRUDENT Hnos. MOETZEL y Cía.
EDITORES
721, CALLE VICTORIA, 727
BUENOS AIRES

Fábulas Argentinas

EDICIÓN ESCOLAR

Godofredo Daireaux

FÁBULAS ARGENTINAS

EDICION ESCOLAR

ILUSTRADA



PRUDENT HNOS. MOETZEL Y CíA.
EDITORES — 719, CALLE VICTORIA, 727
BUENOS AIRES
1910

DEL MISMO AUTOR

ADOPTADOS POR EL

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

PARA LAS BIBLIOTECAS ESCOLARES

La Cría del ganado en la estancia moderna (4.ª edición) .... $ 5.—

Manual del Agricultor Argentino (2ª ed.) » 10.—



AL LECTOR

Á medida que uno envejece, le entran como loca picazón las ganas de dar consejos. ¿Será que, no pudiendo ya sacar provecho de su tardía experiencia, el hombre la ofrece de regalo á los que todavía la pueden utilizar? Puede ser.

Pero los consejos, y más todavía las críticas, á que también da la experiencia cierto derecho, tienen que ser envueltos en algo muy dulce para que el paciente consienta en tragárselos, y que del remedio se pueda esperar algún efecto. Y por esto es que, desde tantos siglos, se ha imaginado el apólogo. Con él, ha podido un pobre esclavo, como el gran fabulista frigio Esopo, cantar verdades á su amo, sin ser muerto á azotes; con él, ha podido Rabelais, el jovial cura francés, mofarse de los clérigos viciosos de su tiempo, sin acabar en la hoguera; por él, Lafontaine ha popularizado tantas máximas de moral y tantas reglas prácticas de conducta, que sus fábulas han contribuido más al progreso de la humanidad que cien tratados de filosofía.

Estos maestros y muchos otros han dejado tan trillado el campo del apólogo, que poco queda que espigar en él; y por mi parte, no me habría atrevido á hacerlo, si, durante muchos años, no hubiera sorprendido, entre los animales que pueblan la Pampa, mil conciliábulos que sería lástima dejar perder, pués no desmerecen sus lecciones de las que nos han venido de allende los mares.

Es de sentir, por cierto, que no hayan tenido por intérprete de su gestos graciosos y de sus conversaciones instructivas á algún inspirado poeta, capaz de traducirlos en versos lapidarios, pero no pude yo sino tomar fieles apuntes de lo que ví y oí, y reducirlos á simple prosa corriente para los que ignoran el idioma de los bichos pampeanos.

Los hay entre éstos, llenos de picardía, de envidia, de ingratitud, de egoísmo, de orgullo, de avaricia, de ignorancia, de mala fe y de muchas otras cosas feas, cuya enumeración sería bastante más larga que la lista de sus virtudes; y no hay duda que el hombre es muchísimo mejor que esos seres inferiores. Pero podría suceder ¿no es cierto? por una gran casualidad, que también se encontrasen hombres que no fueran modelos de lealtad, de desprendimiento, de gratitud, de modestia, de generosidad, de buena fe, y para ense-

ñarles á corregirse, el apólogo es y siempre será de gran resultado; por lo menos podrá servir de desahogo al que sienta la imperiosa necesidad de reprender sin herir, y si por sus alusiones y sus indirectas, las fábulas hacen cosquillas al que las oiga... ¡que en silencio se rasque!

Bien raras veces, por lo demás, se da uno por aludido. Cuando, en un círculo de muchachos, algún travieso ha pegado con alfiler colas de papel á dos de sus compañeros, todos, por supuesto, se ríen, pero, más que los otros, siempre, los dos que llevan la cola, mofándose uno de otro.

La fábula no hace personalidades; y su gran poder, justamente, consiste en que á nadie choca, ya que siempre puede cualquiera desconocer en ese espejo las arrugas de la propia cara y aplicar á otro la semejanza; pero no por esto deja de ser siempre mas eficaz la sonrisa indulgentemente burlona del fabulista que la voz severa y los ojos redondos del pedante.

*

Estábamos un día en un corral de ovejas, arreando despacio los animales al chiquero, y nos hablaba un compañero de un sujeto á quien habían explotado muy feo los mismos

que bajo forma de habilitación, parecían ayudarle, cuando le interrumpí diciendo: «¡claro pues: el hombre dijo á la oveja...»

Y un gaucho, un peón, que caminaba algunos pasos delante de nosotros, al momento dió vuelta la cabeza y alargó el pescuezo, prestando con interés el oido, en espera del resto. No seguí ese día, porque no había tiempo, pero la mirada hambrienta de cuentos de ese hombre había bastado para que me decidiera á juntar todos los que andaban sueltos en el cajón de mi mesa y también en mi cabeza, haciendo de ellos el modesto lío que aquí ofrezco al lector.

De ese lío, publicado íntegro por la Biblioteca de la Nación, eleji para la presente edición escolar las que me parecieron contener ciertas lecciones de moral, de economía, de vida práctica, de amor al trabajo, de indulgente filosofía más adecuadas á la edad de los alumnos de nuestras escuelas, haciéndolas ilustrar como para que formasen, al mismo tiempo, un verdadero album de la fauna pampeana.

Y si las llamé *Fábulas Argentinas*, es que, aunque lo mismo pueden ser de aplicación en cualquier otro país, me han sido inspiradas, todas, por sucesos é incidentes acaecidos aquí, entre gente de esta tierra, siendo sus actores, salvo muy contadas excepciones, animales pertenecientes á la fauna argentina. *G. D.*



I.

El hombre y la oveja.

El Hombre dijo á la oveja:—¡Te voy á proteger.

Y á la oveja le gustó.

—Apenas—dijo el hombre—tienes en las espaldas, para resistir al frio, algunas hebras de gruesa lana. Vives en rocas ásperas, donde tienes que brincar á cada paso, con riesgo de tu vida, para buscar el escaso alimento, el pobre pasto que allí crece. Los leones no te dejan en paz. Crías hijos flacos con tu poca, leche, y da pena ver en semejante miseria á ti y á toda tu familia. Ven conmigo. Te daré rico vellón de lana fina y tupida, perseguiré á tus enemigos, curaré tus enfermedades; tendrás parques seguros y prados abundantes. Verás tus corderos, ¡que gordos, serán! Ven pués; te voy á proteger.

Y fué la oveja, balando de gozo.

El hombre, primero, la encerró en un corral. Quiso ella salir; un perro la mordió el hocico.

La hirieron en la oreja con un cuchillo y la metieron en un baño frío, de olor muy feo.

Por fin, de compañero le dieron un carnero que á ella no le gustaba nada.

En vano protestó.

— Es para tu bien — dijo el hombre:— ¿no ves que te estoy protegiendo?

Poco á poco se fué acostumbrando.

Sus formas agrestes cambiaron por completo; sus mechones cerdosos se volvieron lana, y se hinchó de orgullo al ver su hermoso vellón.

Entonces, el hombre la esquiló.

La oveja tuvo magníficos hijos, rebosantes de salud y redondos de gordura.

El hombre se los llevó, sin decirle para donde.

La oveja quiso saltar el corral para seguirlos, y rompió un listón de madera. El hombre, furioso, asestándole un golpe en la cabeza:

—¡Vaya!—dijo,—¡métase uno á proteger ingratos!



II.

La mariposa y las abejas

De flor en flor iba la mariposa, luciendo sus mil colores, más linda que las mismas flores, más liviana que un pétalo de rosa.

A cada paso, en sus revoloteos, encontraba á las abejas, atareadas siempre, siempre afanadas. Asimismo, como sabía dejarlas el paso, saludándolas afablemente, las abejas le habían criado cariño, y de cuando en cuando se dignaban algunas conversar un rato con ella.

Así se enteró la mariposa de cómo las abejas edificaban su colmena, la proveían de todo lo necesario para el invierno, tenían sus depósitos llenos y hasta podían dedicarse á un negocio lucrativo de intercambio de productos con otros insectos.

Se la ofrecieron mucho, poniendo sus casas á su disposición, prometiéndola mil cosas, rogándola que las ocupara, sin cumplimiento.

La mariposa, llena de imaginación, se figuró

que con semejante ayuda, podría también ella poner negocio. No había trabajado, hasta entonces, en recoger la miel, sino para su consumo personal; pero, como las abejas, sabía juntarla, y lo mismo que ellas podría muy bien hacer fortuna.

Sólo le faltaba un poco de cera para empezar y algunos otros materiales para formar la colmena.

Fué á ver á sus amigas las abejas, á pedirlas la cera.

Una, desde el umbral de su casa, le contestó que, justamente en este momento, acababa de disponer de la poca que tenía guardada, y que deveras sentía mucho no poderla favorecer.

La segunda entreabrió la puerta y le dijo que todavía no tenía cera disponible; y la tercera, por la ventana, le gritó que sólo al día siguiente la iba á tener.

Otra, con mucha franqueza, le contestó que, realmente tenía, pero que la iba á necesitar y no se la podía prestar.

Y la mariposa volvió á sus flores, convencida de que de los mismos que se ofrecen, muchos van á tener, muchísimos tienen y se lo guardan, y que, si los hay, bien pocos deben de ser los que tienen y dan.



III.

El tigre y los chimangos.

Un tigrecito joven y de poca experiencia, se había fijado que cuando volvía de la caza, los chimangos se juntaban por centenares alrededor suyo, saludándolo con su simpática gritería, mientras devoraba la presa.

—Nosotros los tigres—pensaba,—como príncipes que somos, pocos amigos leales solemos tener. Adulones no nos faltan, por cierto, que siempre tratan de sacar de nosotros alguna tajada, ó miedosos y cobardes, que con tal de alejar de sí nuestra ira, serían capaces de las más bajas vilezas. Pero estos chimanguitos no son ni uno ni otro. Se conoce á la legua que sus gritos son de sincera y pura alegría, de felicitación desinteresada, pues nunca vie-

nen, estando uno de nosotros, á pedir siquiera una lonjita de carne. Tampoco nos pueden tener mucho miedo, pues son tan flacos que no valen un manotón, y bien lo saben ellos, por cierto. ¡Estos, sí, pues, son verdaderos amigos!

Un día, volvió sin haber podido cazar ninguna presa.

Como siempre, muchos chimangos había alrededor de la guarida paterna; pero calladitos.

—Tristes están los pobres—pensó el tigrecito,—porque ven que vengo sin nada y les da lástima verme pasar hambre. ¡Qué buenos amigos!

Enternecido, contó el hecho á su padre, quejándose sólo de no poder conocerlos á todos uno por uno, para quererlos más.

—¿Quiéres saber cuántos son?—le dijo el viejo.—Pues, hazte el muerto, no más, y pronto se van á juntar todos.

Así hizó nuestro tigrecito. Al rato, empezó la gritería, y venían chimangos, y más chimangos; demasiados eran para poderlos contar; y casi lloraba de gusto el tigrecito al verse rodeado de tantos amigos.....

De repente sintió que dos de ellos, creyéndolo muerto de veras, le empezaban á picotear los ojos, y conoció su error.



IV.

El arroyo y el cañadón.

Angosto y transparente, corría el arroyo, con su incesante cuchicheo, sobre su hermoso lecho de piedritas, en mil saltos alegres, entre sus riberas floridas.

Extendido en todo lo ancho de la llanura, reflejando las nubes espesas, mudo, dormía el cañadón perezoso, tapado en partes por su sábana de juncos y duraznillos.

El primero brindaba, con amable generosidad, á las haciendas sedientas el cristal de sus aguas.

—Pocas, pero buenas—las decía, sonriéndose, con su vocecita cantante: — tomen sin cuidado. Son limpias y sanas. No teman que se les acaben; vienen de á poco, pero para todo y para todos alcanzan. No se secan nunca: siempre corren renovadas.

—¿Qué diré yo, entonces - refunfuñó el cañadón,—si este pobre tanto se alaba? Aunque corras y trabajes toda la vida, nunca pasarás

de lo que eres, encerrado entre tus barrancas. Enriquecido yo, de todas las aguas que de ti y de tus semejantes puedo detener, no necesito moverme para vivir. ¿Ves esas nubes negras? algo destruirán, pero aumentarán mi caudal. También sé ser generoso á mís horas y no impido que las haciendas prueben mis aguas.

—Rico eres, es cierto, cañadón mio—le contestó el arroyo,—rico de lo que nos quitas, y tienes agua más bien por demás. También la das á los animales sedientos; pero les tapas el pasto bueno. Tus aguas barrosas, sucias y cálidas no fecundan la tierra y sólo producen gérmenes de muerte para los que, apremiados por urgente necesidad, se atreven á probarlas.

No seas orgulloso por tu extensión; los sapos, los escuerzos y los mosquitos son los únicos que cantan tu gloria; y si, cansado de tu insolencia, te llega á secar el Sol, ¡qué olor, señor!

Mal puede alabar su generosidad el usurero.



V.

La hormiga y la cucaracha

Al pie de una bolsa de arroz se encontraron un día la hormiga y la cucaracha.

La primera, con cuidado, agarró un grano de los que salían por la costura de la bolsa y con gran trabajo lo llevó hasta su cueva. Volvió, tomó otro, y se lo llevó también; y así siguió sin descanso.

La cucaracha subió hasta la misma boca de la bolsa, probó un grano, lo tiró, probó varios, probó muchos, mordiéndolos apenas y tirándolos en seguida. Una vez llena, se durmió entre el mismo arroz y lo ensució todo.

Al bajar, horas después, volvió á ver á la hormiga que seguía trabajando, llevando sin descanso los granitos á la cueva.

Se burló de ella, la trató de avarienta y se fué á pasear sin rumbo por los techos del granero . La hormiga se fué para su casa, á comer y dormir.

Días despues, la cucaracha, en una hora de hambre, se acordó de la bendita bolsa de arroz

y corrió á donde había estado parada. Pero la habían quitado de aquel sitio justamente por haberla ella ensuciado tanto.

—No importa—dijo,—la hormiga tiene.

Y fué en su busca.

La hormiga la recibió muy bien, y consintió, sin mayor dificultad, en prestarla cien granos de arroz, pero con la condición que le devolviese ciento diez al mes.

Agradecida, la cucaracha se comió los granos sin contar, y cuando no tuvo más fué á visitar otra vez á la hormiga.

Pero no consiguió nada hasta no haber cumplido con su anterior compromiso. ¡Y que trabajo le costó! Habían escondido la bolsa de arroz en un rincón obscuro, lejos de la cueva de la hormiga, y tuvo que hacer viajes y viajes.

La hormiga almacenaba los granos á medida que venían llegando. Puso aparte ocho de los diez que le correspondían por rédito y como la cucaracha le preguntase por qué hacía así, le contestó:

—Estos ocho los comeré yo; los otros dos quedan de reserva; y son ellos los que me permiten trabajar para mí sola, y también hacer trabajar á los demás para mí.

Con la economía se conserva la independencia propia y hasta se compra la ajena.



VI.

El hurón y la gata.

Hicieron, un día, sociedad el hurón y la gata, para beneficiar una cantidad de ratas que se habían apoderado de una casa.

Durante muchos días, vivieron como reyes y en la mayor amistad.

La gata cazaba poco, porque las ratas eran grandes y no las podía agarrar sola; pero ayudaba al hurón; y éste mataba muchas, haciéndole su parte á la compañera, quien, por su lado, y para variarle la comida, le dejaba algo de lo que le daban los amos de la casa.

Pero, poco á poco, fueron escaseando las ratas; el hurón se comía las pocas que podía cazar, y la gata, que había tenido familia, ya no le daba nada al hurón, pues apenas le alcanzaba para sí la ración.

Vino la penuria; hubo reyertas.

Así sucede á menudo, entre los mismos

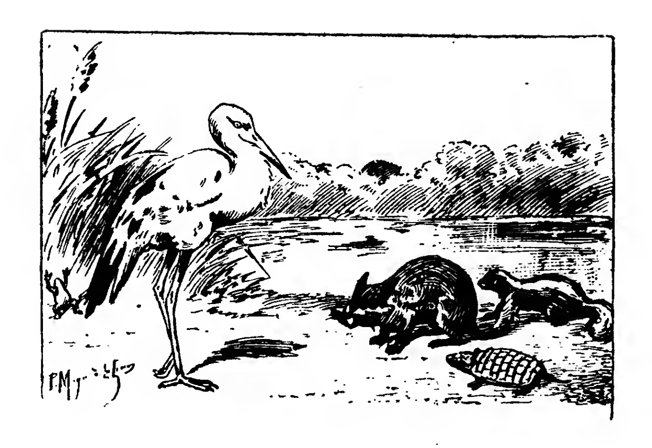
hombres, que en vez de comer los últimos pedazos de pan, se los tiran á la cabeza.

Medio muerto de hambre, el hurón, un dia, vió pasar cerca de él á uno de los cachorritos de la gata, y se lo comió. La gata, cuando volvió, buscó al hijo; pero ni rastro encontró.

Al día siguiente, el hurón, cebado, se cazó otro. La gata, esta vez, lo vió y corrió sobre él; en vano, ya se lo había comido.

Echó la gata los gritos al cielo, y se deshizo la sociedad.

Más bien sola, pensó tarde la pobre, y no tan mal acompañada.



VII.

La cigüeña

De paso acompasado, con los anteojos puestos, alzando los pies con majestuosa precaución, iba la cigüeña, clavando á cada rato su largo pico en el suelo húmedo, matando y tragando por familias enteras los sapos, las ranas, las lagartijas y demás inocentes bichos.

Sin más defensa que sus quejas, los pobres en vano le pedían piedad, y la llanura resonaba del triste coro de sus ayes y de sus maldiciones al terrible tirano.

Impasible, seguía su obra la cigüeña, indiferente á quejas que no entendía; encontran-

do, sí,—aunque llena de tierna indulgencia,—que todos esos infelices, realmente, metían demasiada bulla con sus gritos y que harían mejor en callarse. . .

En la falda del bañado, conversaban en aquel momento la mulita, la vizcacha y el zorrino.

—¡Mira!—dijo la mulita.—Ahí está la cigüeña. Habrá venido á pasar su habitual temporada. ¡Cuánto me alegro! Pues, es un gusto pasar un rato con tan buena persona.

—Cierto que es muy buena persona, y tan reservada—afirmó el zorrino.

—¡Excelente persona! — dijo la vizcacha. Y los tres formando coro:—¡Excelente persona!—repitieron con convicción.

Según el juez, es el juicio.



VIII.

El mono y la naranja.

Un mono, sin dejar de rascarse, alzó una naranja y la quiso comer. Pero, primero la tenía que pelar.

No queriendo dejar su ocupación, tiró de la cáscara con los dientes, pero poco le gustó la amargura de la cáscara y buscó otro medio.

Siempre rascándose con una mano, puso un pié sobre la naranja, y con la otra mano la empezó á pelar. Posición cansadora.

Se sentó entonces y apretó la naranja entre las rodillas, sacando con la mano libre algo de la cáscara; pero la fruta se le resbaló y rodó por el suelo, donde se ensució toda. Enojado, pero siempre rascándose, la limpió como pudo y la empezó á chupar. Con una sola

mano poco jugo podía exprimir y sus esfuerzos no daban resultado.

Algo desconsolado, pestañeaba, mirando con sus ojitos la naranja sucia y deshecha, buscando la solución del problema, cuando de repente se le alegró la cara. Había por fin encontrado el medio sencillo y seguro de poder pelar ligero y bien una naranja.

Dejó de rascarse por un rato, agarró fuerte la fruta con una mano, la peló con la otra en un minuto, la partió, la comió, la hizo desaparecer, y dando dos piruetas, se empezó á rascar otra vez, pero ya con las dos manos.

Hacer dos cosas á la vez no sirve, y siempre trabaja mal una mano sin la ayuda de la otra.



IX.

El ombú.

Erguido en la planicie, orgullosamente asentado en sus enormes raíces, el ombú extendía en la soledad sus opulentas ramas.

En busca de un paraje donde edificar su choza, llegó allí un colono con su familia.

¡Que árbol hermoso!—exclamó uno de los hijos;—quedémonos aquí, padre mío.

Seducido por el aspecto del árbol gigante, consintió el padre. De una raiz iba á atar con soga larga, para que comiera, el caballo del carrito en el cual venía la familia, cuando vió que allí no crecía el pasto y tuvo que retirar el animal algo lejos del árbol.

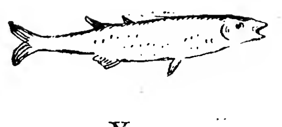
Mientras tanto, el hijo mayor, á pedido de la madre, cortaba unas ramas para prender el fuego y preparar el almuerzo. Pero pronto

vieron que con esa leña, sólo se podía hacer humo.

Uno de los muchachos, entonces, para calmar el hambre, se trepó en las ramas altas y quiso comer la fruta del arból. Se dió cuenta de que aquello no era fruta, ni cosa parecida.

—¡Hermoso árbol!— dijo entonces el padre, —para los pintores y los poetas. Pero no produce fruta, su leña no sirve, y su sombra no dejaría florecer nuestro humilde jardín.

Orgulloso, inútil y egoísta; más bien dejarlo solo. Vámonos á otra parte.



X.

La vizcacha y el pejerrey.

Una vizcacha, buena persona sin duda, pero algo corta de vista y de ingenio, andaba un día, á la oración, buscándose la vida en las riberas de un arroyo. Al mirar las aguas, quedó de repente asombrada: le había parecido ver moviéndose en ellas, un ser vivo, lindo, al parecer, ágil, plateado. Pronto se convenció de que efectivamente así era, y que un animal vivía de veras en el elemento líquido.

Si su primer movimiento había sido de asombro, el segundo fué de compasión. Llamó al animalito que había visto en el agua, y éste, un lindo pejerrey, no se hizo de rogar para venir á conversar un rato (todos saben cuánto les gusta conversar á los pescados) y sacó afuera del agua su cabecita brillante.

Después de los saludos acostumbrados entre gente decente, doña Vizcacha le manifestó al pejerrey cuánto sentía ver á tan gentil caballero, condenado á vivir de modo tan cruel.

—Vivir en el agua—decía,—¡que barbaridad! en esa cosa tan fría. ¿Y cómo es que no se

ahoga usted? ¿y, qué es lo que come? ¿y dónde se aloja la familia? ¿Donde está su cueva? Debe de ser una vida de grandes sufrimientos y de grandes penurias ¿no es cierto?— le decía.

—Señora—le contestó el pejerrey,—agradezco el interés que usted me demuestra; pero no crea usted que lo pasemos tan mal en el agua. No somos de los peor servidos. El agua le parece fría; para nosotros es apenas fresca. Tenemos en ella abundante mantención. Pocos enemigos nos persiguen, y vivimos aquí muy bien, señora. Y dígame usted ¿es cierto que vive en una cueva?

—¡Como no! —dijo la Vizcacha.

— Esto sí, debe de ser penoso, — interrumpió el pejerrey. ¡Qué triste vida debe de ser la de ustedes! vivir en obscuridad tan profunda. ¡No cambiaría con usted, señora!

Y zabulléndose, dejó á la vizcacha con cierta sospecha de que, para ser feliz, cada cual tiene que vivir en su elemento.



XI.

Flor de cardo.

El rayo del sol rajaba la tierra.

Una planta de cardo, ya casi seca, luchaba para conservar, un rato más, en su seno, á sus hijitos alados, prontos, en su inexperiencia juvenil, á dejarse llevar hacia lo desconocido, por el primer soplo que pasara, que fuera céfiro ó fuera ráfaga.

! Hijos, hijos mios! — decía la planta; — escuchen á su madre querida. No se alejen del hogar paterno. Las alitas que tienen ustedes pueden, cuando más, impedir que se golpeen al caer; pero no son las alas del águila para afrontar las tempestades, ni las de la paloma incansable viajera.

Escuchaban, y con todo, se les iban hinchando las alitas; asomaban por las rendijas de la corola, abriéndolas más y más, y la pobre madre, sin fuerzas, ya, inclinaba poco á poco la cabeza, resignada.

Una de las impacientes semillitas cayó. Antes que tocara el suelo, un airecito embalsa-

mado se la llevó, amoroso, empujándola despacio hacia el cielo azul, y cuando dejó de soplar, lo que fué muy pronto, cayó la semillita alada en un charco fangoso, donde desapareció.

Otras se las llevó un viento más fuerte, prometiéndolas la fortuna, campos hermosos y ricos, donde prosperarían, y de los cuales su numerosa prole, sin duda, podría gozar.

Y las echó por delante, en vertiginosa carrera, arreándolas hacia tierras destinadas al arado, donde no pudieron arraigar, siempre perseguidas, removidas y destruídas.

Quedaban algunas semillas aladas, listas para tomar vuelo, cuando sopló, en medio de relámpagos y truenos, un terrible ventarrón, llamándolas á la gloria, á conquistar tierras lejanas, gritaba; y las arrebató, entusiasmadas.

Pronto, despavoridas por el trueno, empapadas por la lluvia, atropelladas por el granizo, golpeadas, cayendo y levantándose, llegaron á campos desiertos y pobres, donde fueron presa de los pájaros hambrientos y del fuego destructor...

Una sola semillita quedaba con la madre moribunda, y cuando ésta cayó al suelo, quebrada por la tempestad, allí mismo quedó ella: allí brotó, prosperó y se multiplicó.

En el rinconcito familiar había encontrado, sin abrir sus alas, la felicidad.



XII.

El gato montés.

En las islas del Paraná, acurrucado en una rama de sauce que formaba puente encima del agua, un gato montés, en acecho, espiaba las idas y venidas de los pescados del arroyo. Se venían, jugueteando, á poner al alcance de sus uñas muchos pescaditos, entre chicos y medianos; pero hacía frío, y el gato vacilaba en mojarse, dándose á si mismo por excusa de su indecisión, que era mejor esperar que se pusiese á tiro algún pescado que valiera la pena.

Aparecieron varios de muy buen tamaño, pero el gato no los cazó, porque sólo estiró las uñas hasta rozar el agua, y las retiró en seguida, friolento.

De repente, salta á veinte metros de allí un magnífico dorado, y ve el gato que se dirige hacia él, nadando. Alarga las uñas y se prepara.

Viene deslizándose suavemente el pescado; ya está á tiro. El gato todavía titubea, detiene la manotada; y mientras tanto, pasa el dorado abajo del puentecillo; se da vuelta el gato para cazarlo por detrás; el pescado se aleja. «!Ya! ¡ya!» piensa el gato; y estira las uñas, abre la mano, extiende la pata, se abalanza todo, pierde el equilibrio y se toma un soberbio baño de cuerpo entero, sin poder, por supuesto, ni tocar al dorado.

Al irresoluto, todo le sale porrazo.



XIII.

El trigo.

Asomaba el sol primaveral, y bajo sus caricias iba madurando el trigal inmenso. Los granos hinchados, gruesos, pesados, apretados en la espiga rellena, hacían inclinar los tallos, débiles para tanta riqueza, y el trigal celebraba en murmullo suave su naciente prosperidad.

A sus pies, una vocecita también la alababa con entusiasmo. Era la oruga que, para probar su sinceridad, atacaba con buen apetito los tallos.

Llegó una bandada de palomas, y exclamaron todas: «¡Qué lindo está ese trigo!» y el trigal no podía menos que brindarlas un opíparo festín, en pago de su excelente opinión.

Y vinieron también numerosos ratones, mal educados y brutales, pero bastante zalameros para que el trigal no pudiera evitar de proporcionales su parte.

Después vinieron á millares, mixtos graciosos, pero chillones y cargosos, que iban de un

lado para otro, probando el grano y dando su apreciación encomiástica.

Y no faltaron gorriones y chingolos que, con el pretexto de librar al trigal de sus parásitos, lo iban saqueando.

Y cuando el trigo vió á lo lejos la espesa nube de la langosta que lo venía también á felicitar, se apresuró en madurar y en esconder el grano.

La prosperidad, á veces, trae consigo tantas amistades que se vuelven plaga.



XIV.

El caballo asustadizo

Un caballo quería mucho á su amo; también lo quería mucho éste á él, porque era bueno y guapo, y siempre hubieran vivido en la más perfecta armonía, si el caballo no hubiera sido tan asustadizo.

Una rama meneada por el soplo de la brisa; un cuis disparando entre las pajas; un terú que de pasada lo rozase con el ala; la sombra de una nube, el ladrido de un perro, el chillido del viento, todo era pretexto para que se espantara, cortara huascas y disparara.

Un animal bueno, pero enloquecido por el miedo.

Un día, iba montado por su amo, ambos medio perdidos en los sueños que tan corridamente nacen, se desvanecen y se renuevan con el suave hamaqueo del galope, cuando de re-

pente toparon con una osamenta colocada en en el mismo medio de la senda que seguían y tapada por yuyos altos.

Fué cosa ligera: el caballo pegó una espantada tal, que volteó sin remedio al amo en la zanja, y emprendió la carrera como perseguido por la misma osamenta. En la disparada loca, enceguecido por el miedo, sin tener otra idea que la de huir, huir lejos, huir siempre, puso la mano en una cueva de peludo y se mancó; se llevó por delante un alambrado de púa, dió vuelta de carnero, cayó del otro lado, torciéndose el pescuezo y lastimándose todo; cruzó cerca de un rancho, y los perros lo siguieron hasta morderle las patas; al querer escapar de ellos, atravesó á toda carrera un charco pantanoso donde pisó mal y se desortijó, y cuando por fin llegó, sin saber cómo, á las casas, manco, rengo, ensangrentado, medio descogotado, y sin el recado, sembrado por todas partes, el amo, furioso, le pegó una soba de mil rabias.

No hay peor consejero que el miedo, y á cualquier peligro, aunque no sea más que con bufidos, siempre hay que hacerle frente.



XV.

Concurso de belleza

Decidieron los animales abrir un concurso de belleza: se fijaron día y condiciones, y se publicó la lista de los premios ofrecidos.

El día señalado, acudieron á la cita los candidatos; y los miembros del jurado comprobaron con sorpresa que todos los animales, sin excepción, se habían presentado para disputar el premio.

Empezaron á indagar los motivos de semejante unanimidad, pues les parecía que entre los competidores, algunos había que no podían ni remotamente contar con los sufragios de los jueces y que el jurado iba á tener un trabajo por demás ingrato.

Preguntaron, por ejemplo, al elefante, qué era lo que lo impulsaba á concurrir:

«Pero toda mi persona, contestó él; el conjunto de talles: mi masa imponente; mi trompa tan

y os

larga y tan elegante; mi cuero tan rugoso que no hay otro igual; y mi colita tan bonita, y mis ojos tan pequeños y mis orejas tan anchas.»

Todo lo que era de él le parecía perfecto. Y lo mismo pasó con los demás, sin contar que nunca era lo que á los jurados parecía digno de mayor aprecio lo que á cada cual de los competidores más le agradara. El pavo real, por cierto, era orgulloso del esplendor de su cola, pero, más que todo, recomendó á los jueces la suavidad de su canto; el perro ñato ponderó lo chato de su hocico, lo mismo que el elefante había ponderado lo largo de su trompa, y el zorro no dejó de llamar la atención sobre lo puntiaguda que era su nariz, asegurando que esto era el verdadero colmo de la belleza.

El avestruz quería que todos admirasen lo corto de sus orejas, y el burro sacudía las suyas para hacer valer su tamaño, tanto que el jurado tuvo que aplazar el concurso hasta que entrase—dijo—un poco de juicio en las cabezas, como quien dice: por tiempo indeterminado.



XVI.

Patrón rico.

Un caballo tenía para sí solo todo un potrero bien cercado, de riquísimos pastos, con un buen retazo de alfalfa siempre verde, y, en un rincón, varias parvas de heno. En el galpón donde dormía, tenía además, á su disposición y para su consumo, una pila de bolsas de maíz.

Era soltero, y por supuesto vivía en medio de extrema abundancia, no por codicia, sino porque asi era, no más, por un favor de la Fortuna. Era bueno y servicial, por lo demás, este señor caballo, y un día que un ratón le vino á pedir un poco de maíz para su señora que estaba enferma, le dió permiso para tomar lo que necesitase, pensando que un animal tan pequeño no podía comer mucho; y no quiso siquiera aceptar la promesa de pago que le quería firmar el ratón.

Este, al volver á su casa, encontró al cuis, su amigo íntimo, y entre agradecido é irónico, le contó la cosa, diciéndole:

«Y tú ¿por qué no vas? Pedíle licencia para estar en el campo y te la va á dar. Poco le cuesta; ¡es tan rico!»

Fué el cuis; ofreció pagar arrendamiento; pero el caballo no aceptó y le dió licencia, no más.

Y él cuis aconsejó á la vizcacha que fuera también, pues era tan rico el patrón que seguramente no le negaría campo. La vizcacha pensó que sin pedir nada, bien se podía establecer allí, y así lo hizo, sin que el caballo, bonachón y rico, le pusiera obstáculo.

La cabra se coló un día entre los alambres y fué á visitar al caballo, queriendo, decía, comprarle un poco de pasto verde; el caballo la convidó á comer y puso á su disposición su retazo de alfalfa.

Pronto la cabra llamó á las ovejas, sus compañeras, y á fuerza de pasar por el alambrado, le abrieron un portillo por el cual pudo entrar la vaca; el ternero no podía quedar afuera, y también se hizo baqueano para entrar y salir.

Y toda esta gente comía, destrozaba, voraceaba, ensuciaba, pelaba el campo, volcaba el maíz, deshacía las parvas, siempre muy zalameros todos con el caballo, á quien llamaban

patrón, ponderando su riqueza. «¡Es muy rico el patrón!»

Pero cuando llegó el invierno, se encontró el caballo con que le habían acabado el maíz, que casi no le quedaba pasto seco, que la alfalfa estaba pelada y todo el campo talado, y cuando uno de los intrusos se le vino con la santa palabra: «¡Bah; es usted tan rico, patrón!» él, que ya se veía pobre, se enojó de veras, y lo puso de patitas del otro lado del alambrado; y con todos se apuró en hacer lo mismo,—no sin bastante trabajo,—y en cerrar los portillos, sintiendo mucho haberlos dejado abrir.

No hay riqueza que valga, donde hay derroche.



XVII.

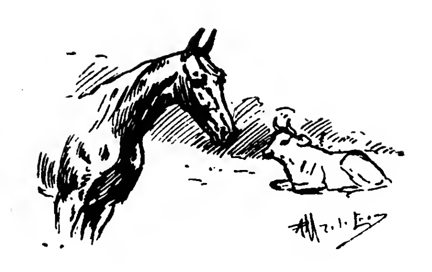
El guacho.

Un cordero guacho, criado con toda clase de atenciones por las hijitas del pastor, vivía como un príncipe. Mantenido con leche á discreción, tampoco le faltaban golosinas, y con sólo venir balando, al momento conseguía que se ocupasen de él y le diesen mil cosas buenas: un terrón de azúcar, un pedazo de pan, granos de maíz, una zanahoria ó cualquier otra cosa de su agrado. Y aunque gordo á más no poder, siembre pedía y siempre le daban de todo á pedir de boca.

Asimismo, no podía ver pasar la majada sin dejar todo tirado, para correr á mezclarse con ella y atropellar brutalmente á los corderos recién nacidos, quitándoles la teta materna y tratando de chuparse él solo toda la leche, con balidos tan quejumbrosos como si estuviera muerto de hambre.

Hasta que un día, una oveja le preguntó si no tenía vergüenza, gordo como estaba y en estado de tan manifiesta prosperidad, de llorar así por leche; y el guacho le confesó ingenuamente lo que muchos, sin confesarlo, experimentan, que nada valía para él lo que tenía mientras veía que tuvieran algo también los demás.

El hombre sin envidia nunca es pobre de veras; ni rico de veras el envidioso.



XVIII.

El caballo y el buey.

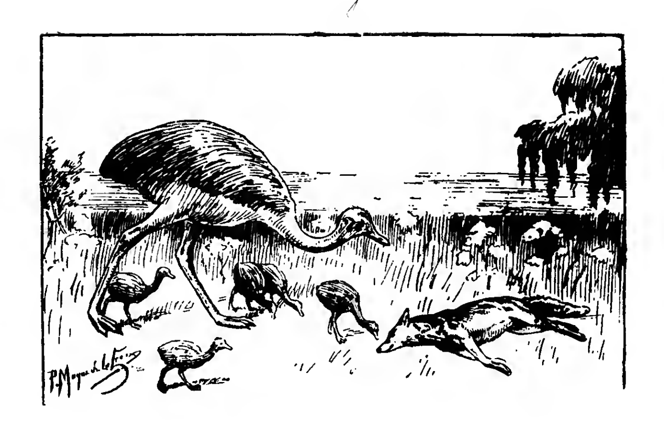
Un buey y un caballo comían en el mismo potrero á su respectiva discreción. El buey comía ligero, buscando los sitios donde el pasto más alto le permitía alzar, en cada bocado, media carretillada; tragaba casi sin mascar y echaba cada panzada que daba miedo. Después se dejaba caer pesadamente en el suelo, y durante las horas, rumiaba tranquilo.

El caballo también comía á su gusto, pero sólo cuando no lo tenían ensillado; y aunque se hubiese apurado entonces, de día y de noche, no hubiese alcanzado á comer ni la mitad de lo que el buey, en unas pocas horas, alzaba: y comparando los servicios prestados por ambos, no podía menos de pensar que poca cuenta tenia que hacer al amo el mantener á aquel haragán comilón.

Pero el amo, un día, se llevó el buey que, de gordo, apenas podía caminar; y preguntó el caballo á un chimango que, desde un poste del alambrado, seguía con interés la operación, á dónde llevaban á su compañero.

—«Al matadero, pues—chilló alegremente el chimango;—¿no ve que está de grasa? ¡qué almuerzo voy á hacer!»

Y el caballo comprendió que hay, en esta vida, varios modos de pagar el gasto.



XIX.

El zorro y el ñandú.

Don Juan había pasado la noche, de agregado, en una vizcachera. Las huéspedas que lo habían alojado poco suelen carnear, y como á este caballero la verdura no le gusta, estaba en ayunas y se disponía á dar una vuelta, á ver si cazaba alguna perdiz ó cualquier otra cosa.

Al asomar el hocico, divisó entre las pajas, brillantes aún de rocío, una bandada de charitas que jugueteaban. Sus ojos echaron chispas y se relamió el hocico; pero viendo que también estaban los padres, volvió á esconder la lengua.

Es que el ñandú es terrible cuando tiene pichones y que bien sabe don Juan que no es tarea fácil el cazarlos.

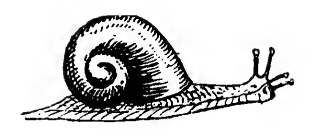
Con todo, se fué avanzando despacio, estirando entre las matas de paja la panza hueca, hasta muy cerca de los charas, y ya calculaba el brinco que iba á pegar, cuando el macho, viéndolo, se abalanzó sobre él, mientras la madre arreaba á su prole, aleteando y silbando.

Huir le hubiera gustado al zorro, pero no tuvo tiempo; en cuatro trancos, el avestruz había estado encima de él, pegándole patadas. Lo mejor, en este trance, era hacerse el muerto, y recibir con toda filosofía las zancadas que no se podían evitar ni devolver, y reflexionando el zorro que, si se mueve, el otro lo mata de veras, quedó tan inmóvil que el avestruz lo creyó muerto y fué á juntarse con la familia. Medio abombado por los golpes, el zorro quedaba tendido, esperando un momento favorable para apretarse el gorro, cuando vió que poco á poco volvía á acercarse á él la bandada de charas. Cerró los ojos y quedó tieso. El sol empezaba á calentar y las moscas vinieron á cerciorarse de si era cadáver ó no. Los charas, al ver las moscas, corrieron ávidos hacia él, y el padre los dejó ir, impidiendo que la madre, todavía inquieta, los detuviera, pues

experimentaba cierta satisfacción de que vieran de cerca sus hijos al muerto que él había hecho, en defensa de ellos.

De repente saltó el finado, agarró un chara y se lo llevó disparando hasta la vizcachera, alcanzando sólo el padre á darse cuenta de la catástrofe cuando no podía más que patalear de rabia en la boca de la cueva.

Hay pillos capaces, si se descuidan con ellos un rato, de llevarse robado, después de muertos, hasta el cajón fúnebre.



XX.

El caracol

Un caracol viejo arrastrábase penosamente Siempre trae consigo la vejez muchos des. perfectos en los seres, y los mismos caracoleno pueden escapar á esa ley de la naturaleza, Estirando los cuernos para buscar su caminos hacía con el pescuezo esfuerzos inauditos para trepar, con la casa encima, hasta una hoja de parra donde pensaba almorzar.

Más que todo, parecía causarle gran dolencia una abolladura, cicatrizada pero ancha y profunda, que tenía en la cáscara, y que forzosamente le tenía que apretar en parte el cuerpo.

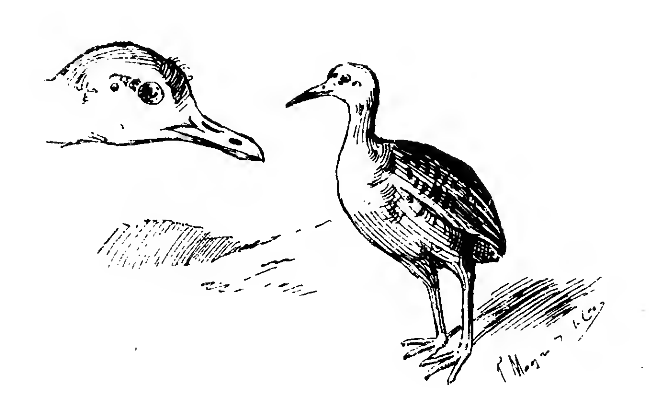
Unos caracolitos que lo estaban mirando, buenos muchachos, pero de poca reflexión, como casí todos los caracolitos, le dijeron al pasar:

— «Pero, abuelito caracol, ¿por qué no cambia usted su cáscara por una nueva? Le debe de hacer sufrir mucho esa abolladura que tiene.

—Hijitos—les contestó,—esta abolladura, ès

cierto, afea mucho mi casa y me hace sufrir bastante; pero cambiar sería peor, y hasta creo que el desgarro que me causaría la mudanza me sería fatal.

En casa vieja todas son goteras, pero en casa nueva los viejos poco duran.»



XXI.

El avestruz y la perdiz.

Un avestruz, las alitas hinchadas y el pescuezo estirado, recorría la Pampa como despavorido, yendo y viniendo por todos lados.

Se acercaba la primavera, y por todas partes, se veían teros, patos y perdices, palomas y demás pájaros aprontando los nidos, afana-

dos en preparar todo lo necesario para la próxima empolladura.

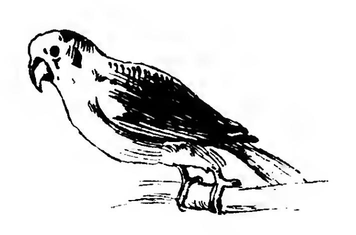
Todos se admiraban de las correrías del avestruz, y como no las entendían, pensaban lo que cuando no se entiende se piensa, que se había vuelto loco. Como don Churri es persona de mal genio, nadie se atrevía á preguntarle que motivo tenía para correr así, en vez de acordarse, como la demás gente, de la estación que empezaba y de la nueva familia que había que formar.

Sólo una martineta con quien estaba en muy buenas relaciones, un día, le dejó entender que su conducta daba mucho que hablar. El ñandú le contestó que más extraña era la conducta de todos los demás pájaros que, sin ton ni son, sin saber lo que hacían, iban edificando nidos en todas partes y poniendo huevos sin contar.

—«Que así lo haga la gallina—dijo,—todavía se comprende, porque si algo le falta, el hombre se lo da....(y ya se sabe por qué); pero nosotros, los pájaros silvestres, sin más recursos que los que nos proporciona la naturaleza, debemos ser previsores y pensar en el porvenir. Este año es de sequía: poco pasto va á haber, y antes de formar familia, me parece necesario ver primero á donde podré llevar á mis esposas, para mantenerlas bien, y cuántas podré mantener, y cuántos pichones

podrá criar cada una. Y por esto es que, antes de decidirme, estudio el asunto.»

Sistema recomendable, éste, de calçular los recursos antes de empezar á gastar.



XXII.

El loro y el hornero

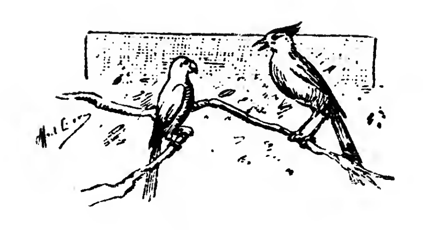
Un loro, de estos que por tal que hablen, les parece que dicen algo, y que más fuerte gritan, más creen que los entienden, iba por todas partes, diciendo que su nido estaba deshecho sin compostura, y tan sucio que ya no se podía vivir en él.

El hornero, que tanto trabajo se da para edificar su casa, que siempre la va componiendo, arreglando y limpiando, extrañaba que pudiera uno hablar tan mal de su propio nido y un día, le preguntó al loro porqué más bien no trataba de componer el suyo.

—«Si no tiene compostura, amigo,—le contestó el loro;—si esto no tiene remedio. Los loros somos así; ya que hemos hecho algo, lo destruimos; nuestra raza es una raza ruin, — y mil cosas parecidas.

—Haces mal, loro, en hablar así de tu hogar; y de los tuyos—le dijo el hornero;—sería mejor, por cierto, no ensuciar, ni destruir tu nido; pero todo mal tiene compostura, menos para él que se figura que no la tiene. Ya que no puedes corregir los defectos de tu nido; escóndelos siquiera y no metas tanta bulla para hacerlos conocer de todos.»

Nunca debe pensar nadie, ni menos decirlo, que haya mejor casa, mejor familia, mejor patria que la propia.



XXIII.

La cotorra y la urraca

Estaba de visita la urraca en lo de la cotorra, y como desde el día anterior, no se habían visto, fácil es suponer la cantidad de cosas que se tenían que contar. Ambas hablaban á la vez, para aprovechar mejor el tiempo, y se apuraban tanto en chacharear que casi no se entendían. Pero esto era lo de menos, siendo lo principal mover el pico sin descanso.

Y cuando en lo mejor estaban de una historia que contaba la urraca sobre la hija del vecino, llegó la sirvienta de la cotorra y le dijo, alarmada.

—«Señora, ¡está llorando la chica!

—¡Oh!— exclamó la cotorra, —¡qué fastidio! Bueno, ya voy, ya voy.»

Y quedóse escuchando hasta el fin el interesante cuento de la urraca sobre la hija del vecino.



XXIV.

Flores quemadas.

El fuego devastador había pasado por allí, destruyendo, arrasando todo y dejando en lugar de la lozana y tupida vegetación, una extensa mancha negra, de aspecto fúnebre.

La oveja, asimismo, á los pocos días, ya empezaba á recorrer el campo quemado, encontrando entre los troncos calcinados de las pajas brotes verdes que saboreaba, con tanto mayor deleite cuanto más tiernos eran. Alcanzaba ya á saciar su hambre con relativa facilidad y pensaba que las quemazones no son, por fin, tan temibles como lo suelen ponderar algunos.

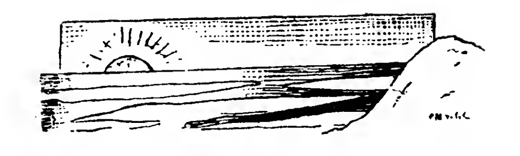
Y justamente encontró á la mariposa que andaba revoloteando por todos lados, triste como alma en pena que busca, sin poderla encontrar, la puerta del cielo, y lamentando el terrible desastre causado por el fuego.

La oveja le preguntó, entre dos bocados, porque lloraba tanto; y contestó ella, entre dos sollozos: «por las flores».»

La oveja se echó á reir, encontrando peregrina esta idea de llorar por las flores, cuando con sólo dos noches de rocío volvía á crecer el pasto con tanta fuerza.

—«Cierto es que las flores son bonitas—dijo,—con sus colores tan variados y su perfume tan suave; pero aunque me guste también comerlas porque dan más sabor al pasto, creo que muy bien puede uno pasarlo sin ellas, y que no porque falten, se debe dejar de comer ni deshacerse en llanto.

—¡Ay!—contestó la mariposa.—El pasto volverá á crecer seguramente y las ovejas á llenarse; pero las flores, ellas, no volverán en todo el año, con sus colores hermosos y su delicioso perfume; siempre habrá de comer para la hacienda, pero no ya para las mariposas.»



XXV.

El médano y el pantano.

Justamente por donde pasaba el camino carretero, un médano amontonaba su arena siempre tan removida por el viento que nunca podía crecer en ella una mata de pasto. El médano sentía verse tan inútil, la cosa peor y más humillante en este mundo; y cuando por las lluvias se había puesto intransitable el pantano que se extendía á su piés, y que los carreros tenían por fuerza que cruzar por la arena para evitar de dos males el peor, sufría, al oir renegar contra él.

La suerte del pantano no era mejor: los carreros lo cruzaban con el Jesús en la boca, por poca agua que hubiera caído, casi seguros de quedarse atascados en él, y poco cariño le podían tener á semejante estorbo. Aun en verano, cuando estaba seco, y que no presentaba más que su área polvorosa y desnuda, lo miraban de reojo, acordándose de los malos ratos pasados ahí.

Pero, á fuerza de vivir juntos y de contarse sus penas, se les ocurrió al médano y al pantano prestarse mutuo auxilio. Ayudado por el viento travieso, el médano desparramó poco á poco su arena sobre el pantano, tapando con ella los pozos cavados en éste por el pasar de los carros.

Y vino el día en que quedaron parejos el pantano y el médano, y que ambos se cubrieron con pastos finos y tupidos, sin que en uno se estancara el agua, sin que en el otro se moviera ya el piso con el soplo del viento. En ambos podían pastar los rebaños y cruzar las tropas de carros, sin que los carreros renegasen, incontrastable prueba de lo acertada que había sido su alianza.



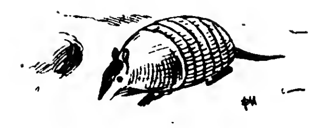
XXVI.

Maledicencias.

Mientras desfilaba la majada, al salir del corral, un carnero que caminaba solo, escuchaba la conversación de dos ovejas que iban detras de él. Hablaban de sus compañeras y criticaban sin piedad á todas las que pasaban cerca de ellas.

—«¡Que facha! — ¡ Que modo de caminar!— ¡ Que lana fea! — ¡ Que gorda! — ! Que flaca! » y mil otras cosas, peores, algunas.

El carnero, pensando, al oirlas, que quienes así hablaban no podían ser sino un compendio de la hermosura ovejuna, se dió vuelta, dispuesto á admirar, y se encontró con dos caches horrorosos que casi lo asustaron.



XXVII.

La mulita indiscreta

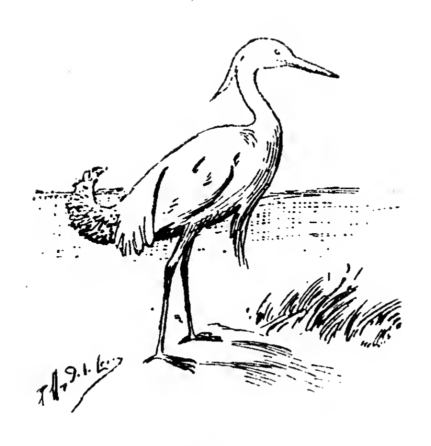
Al pasar, de noche, cerca de la cueva de unos peludos, una mulita oyó el ruido de la conversación, y como es bastante curiosa por naturaleza, se acercó despacio y paró la oreja para escuchar mejor. Primero no oyó más que el murmullo confuso del cuchicheo. Concentró su atención y cuando empezó á distinguir las palabras comprendió que de ella misma y de su familia se trataba.

Pensó, pues parecen ser bastante amigos, aunque parientes, los peludos con las mulitas, que estarían haciendo su elogio, y ya se preparó á saborear alabanzas que tanto mayor valor tendrían, cuanto más sinceras tenían que ser.

Había vivido poco, ignorando todavía que á los ausentes, lo mejor que les pueda suceder, es que no se acuerde nadie de ellos, y prestando más y más el oído, oyó que uno trás otro los peludos cantaban sus glorias y las de su

familia, pero de singular modo, no dejando un vicio, un defecto, un ridículo, que no atribuyeran á ella ó á alguno de sus más queridos deudos. Oyó cosas terribles, que nunca hubiera creido que pudiesen salir de la boca más odiada, invenciones pestilenciales, calumnias ponzoñosas, pérfidas exageraciones y restricciones peores, alegres votos de muerte, de ruina, de deshonra para ella y para los suyos; y se fué corriendo á su cueva, á contarlo todo á su madre, aniquilada por el dolor de haber oído tamañas cosas.

—«Bien hecho,—le dijo la madre, por indiscreta. Guarda tu oido de las rendijas; pues no acostumbran ellas cantar alabanzas; ni tampoco tienen para qué guardar la boca.»



XXVIII.

¡Ay! ¡del aislado!

Cazadores de todas clases hacían estragos entre los bichos silvestres de la Pampa. Unos, con escopetas, mataban á larga distancia perdices, patos y palomas; otros, con boleadoras, perseguían al avestruz y al venado; las mulitas y los peludos, en las noches de luna, eran degollados por centenares; no escapaba ningún animal de ser víctima de la codicia ó sólo del instinto destructor del hombre.

Formaron entonces las víctimas una sociedad para tratar de aminorar sus males, y cada uno de los socios se comprometió á avisar á los demás

por señales apropiadas á sus medios, de cualquier peligro de que tuviera noticia.

Esto, por cierto, no impidió del todo la matanza, pues siempre hay incautos ó malévolos, pero la hizo disminuir en grandes proporciones.

Al mirasol le propusieron entrar en la sociedad; pero no quiso él. Alegó que no tenía enemigos; que sus relaciones con el sol lo elevaban demasiado encima de los demás habitantes de la tierra, para que pudiera rebajarse á ser un simple miembro de cualquier asociación; que su género de vida, puramente contemplativa, no admitía que se pudiese molestar en avisar á los demás de peligros que para él no existían; que no podía desprender su atención ni un momento de la adoración perpetua del astro del día, al cual había consagrado su vida; y que por fin, siendo él de una flacura tan extrema que la misma muerte temería mellar su guadaña en sus huesos, no corría personalmente ni el más remoto riesgo de excitar la codicia de los cazadores. En vano don Damián, el venado, persona muy prudente, le hizo observar que nadie, en este mundo, puede guarecerse á la sombra de su propio cuerpo; le opuso el mirasol los invencibles argumentos del egoísmo.

Pero sucedió que entró la moda entre las

mujeres, de llevar de adorno plumas en la cabeza, y particularmente copetes delgados y finos. Pronto se les ocurrió á los cazadores que el copetito blanco del mirasol era lo más apropiado para el objeto; y la matanza empezó.

¿A quién hubiera podido ser más útil el aviso del peligro que á este eterno soñador cuya vista siempre queda perdida en las regiones etéreas y que parece olvidarse de que la tierra existe.?

No se había querido dar por solidario de sus semejantes; y dejaron éstos, indiferentes, que perdiera la vida.

Cada uno, en este mundo, de todos necesita.



XXIX.

La gran conejera.

Parecían haberse olvidado los conejos de que los repollos y las zanahorias no crecen en la conejera y se habían amontonado en ella, cavando cada día más cuevas, y también encontrando la vida, cada día más difícil. Como nadie se ocupaba de sembrar ni de plantar, los precios de los alimentos habían subido enormemente, y á pesar de cavarse cuevas y más cuevas, éstas no alcanzaban para la población siempre creciente de la conejera, y los precios de los alquileres iban por las nubes.

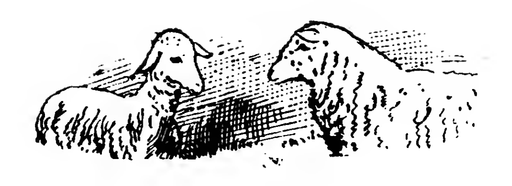
Todo estaba repleto, desbordaba; siempre había que fundar más escuelas, crear más hospitales, abrir nuevas vias. Tanto por todo esto como para impedir que siguiese esa aglomeración anormal, las autoridades aumentaron los impuestos y como faltaba el trabajo, la miseria era cada día mayor.

Tan bien que disturbios graves se hubieran pro-

ducido si un conejo de genio no se acordara de que fuera de la conejera había campos inmensos, despoblados y fértiles, donde la vida abundante quedaría asegurada para cualquier número de conejos que fueran allá á plantar repollos y sembrar zanahorias.

Convenció á las autoridades; estas dejaron por un momento de atormentar su imaginación exhausta y, en vez de seguir buscando nuevas fuentes de impuestos, regalaron á cada conejo que quisiese ir á plantar repollos una pequeña área de tierra desierta.

La abundancia renació como por encanto, y hasta los que quedaron en la conejera tuvieron con que comer á sus anchas, pués los que de ella habían salido producían para comer, vender, dar, prestar y tirar.



XXX.

La oveja merina y las ovejas criollas

Llovía; acurrucadas, las ovejas tiritaban de frío. Una oveja merina, de lana fina, larga y tupida, á pesar del magnífico y espeso manto que la cubría, parecía sufrir más que las que la rodeaban, mal tapadas éstas, sin embargo y sólo en parte, por unos mechones ralos que dejaban pasar el agua hasta el cutis.

La merina se quejaba y las otras se admiraban de que se quejase, vestida como estaba, por una mojadura, cuando ellas, casi desnudas, soportaban lluvias y fríos sin decir nada.

Una oveja vieja, que habiendo vivido mucho, sabía muchas cosas, las dijo: «No extrañen que se encuentre tan desgraciada: es hija de ricos, y la pobreza, madrastra como es, mejor que la prosperidad, entiende de educación».



XXXI.

Las dos manos

—¿No ve? ¡otro golpe!—dijo, sacudiéndose, la mano izquierda á la mano derecha, que armada de un martillo, iba á seguir pegando como si ni tal cosa, y declaró que, cansada ya de ser siempre la víctima, también ella quería manejar el martillo, el serrucho, el hacha y el cuchillo, y que á su vez, la derecha tendría parado el clavo ó asentaría la tabla, el trozo de leña ó el pedazo de carne.

La mano derecha, sonriéndose, asintió, y teniendo derecho el clavo, entregó á la izquierda el martillo. Esta lo levantó con esfuerzo, no pudiendo hacer menos que susurrar: «¡Que pesado!» y dió con el varios golpes con tanta torpeza, que el clavo voló y la mano derecha hubiera quedado destrozada si no hubiera estado sobre aviso.

Se burló de la izquierda, que ya no podía más, sin haber todavía hecho trabajo útil, y la dejó convencida de que si bien estaba hecha

para ayudar, no era capaz de manejar las herramientas.

—«Uno que otro golpe ó tajo recibes, es cierto—le dijo;—pero tu tarea no es tan penosa como la mía, y lo mejor, en este mundo, es hacer lo que uno puede, sin meterse en lo demás.»



XXXII.

El gato blanco

Un gato blanco se sentía todo orgulloso por su magnífico pelaje. Todos lo admiraban y sus amos lo cuidaban con todo esmero, manteniéndolo en la abundancia.

Pero le sucedió lo que á muchos: los amos, en una mudanza, lo dejaron olvidado y tuvo que andar vagando y buscarse la vida. Quiso hacer lo mismo que los demás gatos pobres y cazar ratones, lauchas y pájaros para mantenerse; pero no podía nunca agarrar nada, á pesar de no ser de los más torpes, sin explicarse el por qué de su poca suerte.

Un gato grís, hábil y afortunado hasta el punto de no envidiar á sus semejantes, descubrió el secreto de su mala fortuna y le aconsejó rebajar un poco el brillo de su traje, aunque fuera revolcándose en el polvo, porque por su pelaje blanco, los ratones, las lauchas y los pájaros de lejos lo veían venir y se escondían ó se mandaban mudar.

«No sienta bien—agregó,—un traje demasiado vistoso al que tiene que vivir de su trabajo.»





XXXIII.

El entierro del perro.

No hay como ser finado para ser bueno. Un perro muy querido de sus amos había muerto: lo enterraron en el jardín los niños de la familia, y casi lloraban al recordarse unos á otros todas las cualidades del finado.

—¡Qué bien cuidaba la casa!—dijo uno.

—¡Tan valiente que era!—contestó otro.

—Tan fiel.

—Tan bueno.

—Tan obediente.

Y mientras deshilaban ese rosario de alabanzas, el hijo del jardinero se acordaba que con el pretexto de cuidar la casa, el perro lo ha-

bía mordido á él en la mano, sin la menor provocación.

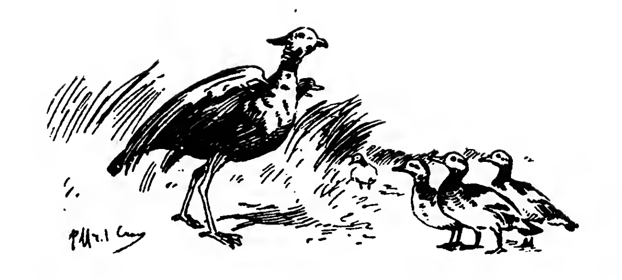
Una lechuza, al oir que trataban de valiente al muerto, no pudo hacer menos que reirse, acordándose que un día ella lo había asustado con sólo rozarlo á la pasada, corriéndolo después á gritos, un gran trecho.

¡Fiel! pensaba el gato, encogiéndose de hombros, ¡sí! cuando le daban de comer; y muy bien se acordaba que el perro se había quedado todo un día en casa del vecino, por haber sido agasajado con un pedazo de carne.

¿ Bueno, él ? escuchaba con asombro una oveja. Es que nunca habrán sabido por quien fué muerto el cordero que una vez encontraron destrozado.

¡Obediente! ¡que rico! cacareó la gallina. Sí, cuando lo llamaban á comer; pero cuántas veces, á pesar del reto que un día le dieron, me robó á mi los huevos. Es cierto que desde entonces, se escondía bien para comérselos.

Asimismo siguieron los niños celebrando las virtudes del finado, sin querer oir nada de sus defectos; porque siempre dura más, y por suerte, el recuerdo de lo bueno que se ha perdido que el del mal que ha dejado de causar dolencia.



XXXIV.

El chajá y los patos

Una bandada de patos estaba á punto de volar para otros pagos; pero unos querían ir al sur, diciendo que en vista de la estación calurosa que se acercaba, se estaría mucho mejor allá, con grandes lagos siempre llenos de agua, aun en los días más fuertes del verano.

Los otros porfiaban que, acercándose la cosecha del trigo, era mucho mejor irse al norte, á Santa Fé, (habían leído sus informaciones en los diarios), donde, decían, hay inmensos sembrados; allá se podría anidar y empollar en las mejores condiciones, por la abundancia de grano que siempre queda en los rastrojos. Ambas partes daban excelentes razones á favor de su opinión, pero ninguna podía con-

vencer á la otra, probando una vez más que, aunque digan, toda discusión es inútil entre gente de opinión contraria.

Por suerte apareció por el cañadón un chajá, y los patos convinieron en someterle el caso, comprometiéndose cada bando á acatar su laudo sin más trámite. Los patos que querían irse al sur se acercaron los primeros, y después de saludar al chajá, le dijeron:

—¿No es cierto, señor chajá, que es al sur á donde debemos ir?

—¡Chajá, chajá!—contestó sin vacilar el interpelado, y con un tono de convicción que no admitía réplica. Los patos, agradecidos, se pusieron en marcha con rumbo al sur, gritando á los compañeros:

—¿No ven?

Pero los que querían ir al norte los dejaron salir solos y preguntaron también al chajá:

—¿No es cierto, señor chajá, que es al norte á donde debemos ir?

—¡Chajá, chajá!—volvió á gritar el chajá con la misma convicción, y los patos se fueron al norte, persuadidos de que el chajá les daba la razón.

El chajá, muy prudente, había sabido evitar compromisos y quedarse bien con todos.



XXXV.

La babosa.

Deslizándose pesadamente entre las sombras de la noche, evitando con mucho cuidado el atravesar en descubierto las sendas iluminadas por los rayos de la luna, la babosa se arrastraba por el suelo, buscando en que planta dejaría caer su baba asquerosa.

Plantas espinosas de abrojo, plantas grises y feas de cepa-caballo ó de chamico hediondo, ortigas y yuyos venenosos parecían solicitar sus repugnantes abrazos, pero pasaba ella como despreciándolas. Algo mejor quería. Ensuciar lo sucio ¿para qué? hubiera sido gastar en vano la baba de que anda tan bien provista.

Y siguió su camino hasta encontrar un rosal cargado de flores en el que trepó, recorriendo todas las ramas; trabajo le dió, por cierto, pero ¡qué gloria, qué gusto, qué deleite! Pudo ensuciar, sin dejar indemne una sola, todas las hermosas rosas espléndidamente abiertas por la Primavera y perfumadas por el sol.



XXXVI.

Cóndor y chingolo.

El cóndor en su poderoso vuelo remontó á la cima de la montaña, se asentó en ella, torció su horrible pescuezo desplumado y recorriendo todo el horizonte con orgullosa ojeada, exclamó:

—Yo, buitre, soy el centro del orbe!

Un gavilán, amodorrado en la punta de un poste del telégrafo, en plena Pampa, contemplaba entre los párpados á medio cerrar el horizonte lejano que por todas partes á igual distancia lo envolvía, y despertándose, también exclamó:

—¡Yo, gavilán, soy el centro del orbe!

Pero también el carancho, asentado en la cima de un sauce, viendo el horizonte amplio

de la llanura extenderse por igual trecho á todos lados, gritó:

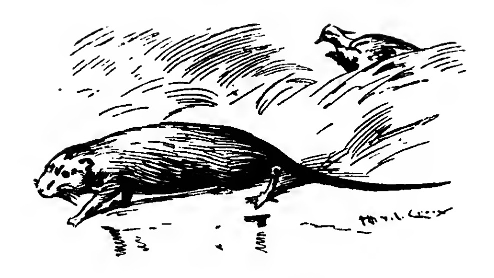
—! El centro del orbe soy yo, carancho.

El chimango, mientras tanto, dejó durante un rato de rascarse los piojos para cerciorarse, de lo alto de un poste de corral, de que, sin la menor duda, el centro del orbe era él, pues no había más que fijarse en el horizonte para comprobar el hecho. Y tanto se convenció de que así era, que se lo dijo al chingolo.

Pero el chingolo, que no tiene ni una pluma de zonzo, no se la quiso tragar sin ver; voló para arriba, hasta lo más alto que le fué posible, y cuando volvió á bajar, le gritó al chimango:

—«¡Mentira!—el centro del orbe soy yo; bien lo acabo de ver.»

Y no hay pájaro en este mundo, por chico que sea, que no crea ser el eje de alguna cosa.



XXXVII.

Amor sincero.

La nutria, con incontrastable emoción, se había fijado que el terú-tero, cada vez que ella salía del agua y empezaba á cavar en la orilla del cañadón, para buscar raíces ó por cualquier otro motivo, se venía disparando para estar á su lado. Le hacía mil saludos, estirando el pescuezo y moviendo la cabeza como títere, gritando de alegría, sin dejarla ni un rato, mientras quedaba ella en tierra firme.

La nutria no tenía la menor duda de ser dueña absoluta del corazón del terú-tero, y pensaba que si él no se había todavía declarado, sólo debía de ser por timidez.

Cuando ella volvía á zabullirse, el terú volaba hasta la loma más próxima, donde vivía otra gran amiga de él, que era la vizcacha.

Y allí quedaba, cerca de la cueva, esperando la oración, hora en que salía la vizcacha á tomar el fresco, á comer y á cavar la tierra. Cuando empezaba ella su trabajo, la rodeaba de atenciones, rascando también el suelo como para ayudarla y diciéndole mil cosas cariñosas.

Pero, un día, la nutria lo sorprendió; no pudo dejar de manifestarle su despecho y requirió de él que declarase de una vez á cuál de ellas prefería.

El terú tuvo que confesar que á ninguna de ellas, y que sólo apreciaba como era debido la fineza que para con él tenían ambas de proporcionarle gusanos de todas clases, con escarbar la tierra, la nutria en los bajos húmedos y la vizcacha en la loma.

La boca da besos á la cuchara, pero no son de amor.



XXXVIII.

Pelea de gallos.

Dos gallos peleaban: al rededor de ellos, las gallinas, en rueda, seguían las peripecias del combate, ignorantes del motivo que podrían haber tenido para andar tan enojados.

Y cuando, ensangrentados, ambos dejaron de combatir y se retiraron, rodeado cada uno de las gallinas que más quería, éstas, tímidas, les preguntaron por qué habían peleado con tanto encarnizamiento.

Y cada uno por su lado, erguido, contestó:
—«Porque tenemos púas».

De la cintura á la mano salta solo el cuchillo; mejor dejarlo en casa.



XXXIX.

El gato montés y la nutria

La nutria aseguró un día al gato montés que podría ella pescar muchos más peces de lo que hacía, y que, si se contentaba con pescar sólo los que necesitaba para su consumo, era porque no sabía donde guardarlos. Confesó que le daba lástima tener que desperdiciar tanta riqueza, pero que todavía le parecía mejor dejar vivos los peces que tirarlos sin provecho para nadie. Asimismo suspiró:

—«¡Cuánto siento no poder guardar algo de lo que hoy podría economizar para cuando la vejez me impida trabajar!»

El gato, á quien tanto gusta el pescado y que casi nunca puede lograrlo, al momento comprendió qué horizontes se abrían ante él, y dijo:

—« ¿ Podría usted cazar los peces sin matarlos ?

—¡Cómo no! – contestó la nutria; — casi sin lastimarlos.

—Bien; entonces, dijo el gato, hagamos un negocio. Conozco yo un vivero natural, escondido entre las rocas, inaccesible para los pescadores, á donde me comprometo á llevar los pescados que usted me entregue; y allá se reproducirán de tal modo que cuando la vejez le impida trabajar, usted tendrá á mano pescado para toda la vida.

—¿De veras, se reproducirán tanto?

—¡Quién lo duda!—contestó el gato con el entusiasmo arrebatador de un cuentero del tío. ¡Ciento por ciento! y garantido por mi —exclamó, no sin orgullo.»

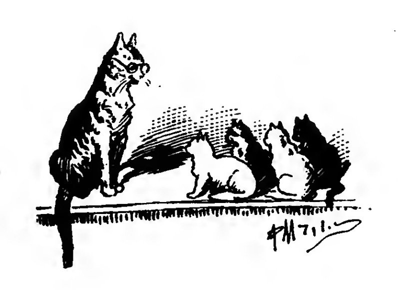
La nutria quedó convencida; la ilusión embriaga, y contentándose con esa *garantía* que tan generosa como verbalmente le daba el gato, empezó á entregarle con regularidad, cada dia, el más lindo pescado de los que había tomado. El gato se lo llevaba; se internaba en el monte, y ¡quien, entonces, lo hubiera visto almorzar!

Cuando asomó la vejez, la nutria quiso conocer el vivero y empezar á aprovechar su reserva de pescados que el gato siempre le ponderaba.

Pero, un día con un pretexto, otro día con otro, el gato siempre prorrogaba la inaugura-

ción, y cuando ya no le fué más posible de echarse atrás, desapareció.

La nutria se convenció, algo tarde, de que cuanto más fuerte es el interés, menos seguro está el capital.



XL.

Los gatitos en la escuela

Una gata vieja, experimentada profesora, con los anteojos bien asentados en la ñata, explicaba á toda una aula de gatitos que era muy feo el mentir; que un gatito bien educado nunca debía robar la leche; que era un gran pecado el ser goloso, y que si era muy bien el cazar lauchas y aun comerlas, se debía evitar en lo posible hacerlas sufrir inútilmente, como lo solían hacer tantos gatos chicos y grandes.

Y la maestra agregó:

—«Bien segura estoy de que nunca, en casa de sus padres, ninguno de ustedes ha visto tan malos ejemplos...

—! Nunca, jamás! señorita, exclamaron á la vez todos los gatitos.

—Bien—dijo la maestra;—pero puede ser que, por casualidad, los hayan visto en otras partes...

— ¡ Si, señorita, lo hemos visto! — gritaron.

—¡Oh! ¿y donde?—preguntó la gata, con una sonrisa.

—En casa de fulano, señorita.»

Y cada gatito nombró la familia de algún otro alumno.

Los ojos á la casa del vecino, las espaldas á la propia.



XLI.

El toro y la argolla

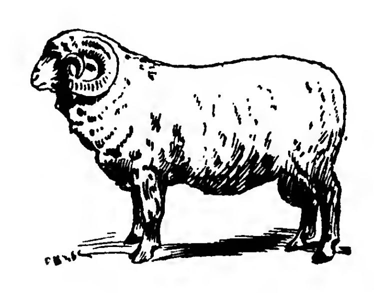
Un toro, de abolengo regular no más, había nacido con un genio temible. Desde chico, todo lo volteaba en el tambo y en el pesebre; nadie se le podía acercar, y el amo, al verlo tan indomable, desesperaba de poderlo jamás preparar para la venta.

Pero se le ocurrió, un día, hacerle ver que todos los toros más finos del rodeo tenían de adorno una argolla en la nariz; y hasta le dejó entender, mintiendo, que era de oro y que era la señal para distinguir á la torada decente de la de medio pelo.

El toro, que ya se disponía á cornear, se contuvo, miró, observó y vió que era cierto, y se quedó quieto durante un rato para per-

mitir que el amo le colocase á él también la argolla. Cuando la tuvo puesta, quiso seguir embromando, pero sintió que de la argolla, á cada gesto, lo tironeaban y tanto le dolía que pronto tuvo que aflojar y someterse.

La lisonja es un gran domador.



XLII.

Los dos carneros

Dos carneros, en una majada, celosos y peleadores, habían criado uno para con el otro un odio tremendo. No se podían ver; hablaban pestes uno de otro y no se podían encontrar sin soltarse alguna grosería ó por lo menos una ojeada de esas que morderían si los ojos tuvieran dientes.

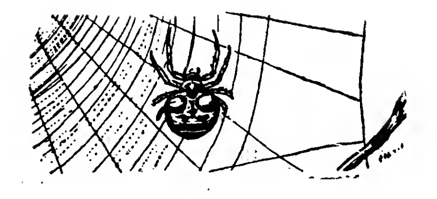
Asimismo nunca se habían atrevido á pelear uno con otro, y quizá por no haberse descar-

gado la tormenta, era que andaba tan pesada la atmósfera.

Un día, por fin, reventó. Una palabra más fuerte, una mirada más insultante, ó quiza sencillamente el viento norte, y se desplomó una tempestad de topadas.

¡Y fuertes! no de esas topaditas de carnero mocho que son de pura parada, sino topadas de carneros aspudos, que suenan y duelen. Al fin, ambos se cansaron sin haber cedido ninguno; y desde entonces mantuvieron entre sí una amistad inviolable y hasta edificante por lo desinteresada que era.

De la topada, la amistad.



LXIII.

La araña.

La araña había tendido su tela en lugar muy propicio para cazar moscas. Al cabo de un rato cayó en la tela, no una mosca, sino un soberbio moscón, y la araña, alegremente ansiosa, lo miraba con toda su atención, estirando los hilos de la tela, esperando el momento oportuno para abalanzarse sobre el cautivo y despedazarlo.

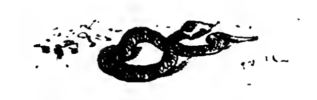
Pero el moscón era bravo y fuerte; empezó á sacudir toda la tela, como Sansón el templo de Baal, y pronto vió la araña que para conservar la presa era de toda necesidad tender sin demora otros dos hilos principales, de la orilla de la tela hasta la rama en que estaba atada.

La araña es mezquina; le pareció mucho el gasto. Es cierto que el moscón era lindo y

valía la pena: pero también dos hilos más, y de los gruesos, ¡amigo! es mucha plata, y quiso creer que podía pasarlo sin ellos.

No esperó mucho rato el resultado; el moscón se fué con tela y todo, y la araña quedó colgando de un hilo, por suerte.

Ni voraz, ni mezquino; ni loco, ni tonto; sólo es juicioso el que sabe medir el gasto con el provecho.



XLIV.

La víbora y el zorro.

En medio de una majada en parición andaba la víbora buscando cómo colgarse de la teta de alguna oveja para llenarse de leche, dando de chupar al cordero, como suele hacer, la punta de la cola para engañarlo, cuando oyó el balido de un cordero que se acababa de despertar; y al ratito, la voz de la madre que le contestaba.

No veía á la oveja; estaría detrás de una mata de paja que allí había, y la víbora se deslizó despacio para mirar y topó con el zo-

rro, quien, imitando á las mil maravillas el balido de la oveja parida, trataba de hacerse seguir por el corderito hasta alguna cueva de donde éste no saldría más.

Al ver la cara atónita de la víbora, soltó la risa el zorro:

—«¿Que le parece la ovejita, comadre?... ¡Eh! ¿Qué quiere? cada uno se las compone como puede».

Algunos dias después, el zorro, en ayunas, oyó el canto de un pájaro entre el matorral.

—«Más vale, pensó, chingolo que nada», y fué despacito hasta donde oía el canto. Y topó con la víbora, quien, imitando á las mil maravillas el silbido de los pajaritos, trataba de indicarles el camino de su garganta.

Al ver la cara atónita del zorro, la víbora soltó la risa:

—«¿Qué le parece la calandria, compadre?.. ¡Eh! ¿qué quiere? cada uno se las compone como puede.»

—¿De qué vive Fulano?—De trampas.—¿Y tú?—También.

Hasta el pícaro tiene que vivir en este mundo.



XLV.

El perro danés y el zorro.

El zorro, viendo que se hacía cada día más difícil penetrar en los gallineros por lo bien que los perros los guardaban, trató de utilizar los recursos de su diplomacia para conseguir por astucia lo que la violencia ya no le podía dar. Se acercó con mil zalamerías al guardián de un gallinero, que lo era un gran perro danés, con cara de pocos amigos. Gruñó el perro al verle; no se levantó, pero le indicó, mostrándole sus soberbios colmillos, que tenía muy poco gusto en recibir su visita. El zorro se hizo tan humilde, tan pequeño, lo saludó con tanta urbanidad, pidiéndole con insistencia que le permitiese una palabra, que el perro al fin le dijo que hablara. Y después de muchas circunlocuciones, el zorro le insinuó que podrían hacer juntos un brillante negacio; que lo único que tendría que hacer el

perro sería fingir el sueño, mientras él sacaría del gallinero las gallinas y los pavos, dándole después al perro su parte en dinero ó de cualquier otro modo.

El perro se hubiera podido levantar indignado y pegarle algo más que un susto al zorro; pero, como sabía que el abrojo no produce rosas, la propuesta no lo tomaba de sorpresa; se contentó con decirle que no era pan para él y le enseñó el campo.

El zorro se mandó mudar, más bien un poco ligero, por lo que podía suceder; y una vez en la cueva pensó que un perro de tanta honradez debía de ser de poca viveza.

Con esta idea en la cabeza, lo fué á ver, otro día. Se acercó á él arrastrando una bolsa bien cerrada y bastante pesada, y le dijo:

—«Señor perro, aquí traigo un pavo gordo que me acaban de regalar; como mi cueva está algo retirada y tengo que hacer una diligencia, le pido por favor que me lo guarde; si no se lo vengo á reclamar mañana, será suyo sin más trámite. Lo que sí, como garantía, le pediré que me entregue un pollo que le devolveré cuando le venga á pedir el pavo.»

El perro olfateó un momento la bolsa y tomándole olor á osamenta vieja, se levantó enojado: «¡So pícaro!» le gritó.

El zorro ya estaba lejos. Una vez en la

cueva, pensó que debía de ser un caso raro el de ese perro danés, honrado bastante para no engañar á nadie, y bastante vivo para no dejarse engañar.



XLVI.

El mono y la cinta elástica.

Un mono entró, por una ventana abierta, en casa ajena y encontró colgada de un clavo una cinta elástica. La tomó de la punta, la estiró, y al soltarla sin pensar, vió que pegaba fuerte en la pared. Le gustó el juego; la estiró más y más, pegando así cada vez más fuerte en la pared.

Entonces pensó en estirarla con toda su fuerza, para ver hasta dónde podría alcanzar y quién sería más fuerte, si él ó la cinta. Estiró, estiró; la cinta se iba poniendo larga y

más larga, pero se adelgazaba y también empezaba á resistir. El mono tiraba siempre; pero algo como un recelo íntimo le aconsejaba la prudencia y parecía decirle de no abusar, de no tirar hasta el último límite. La cinta ya casi no daba; el mono se sentía á la vez, y no sin cierto deleite, tentado de seguir y con cuidado; daba tirones todavía, pero pequeños, y el instintivo temor de algo que, le parecía poder ocurrir, exacerbaba su gozo.

Al fin y cediendo á ganas casi enfermizas de tentar la suerte, le dió una sacudida más y ¡zas! recibió en un ojo, con una fuerza bárbara, el clavo sacado de la pared por la cinta elástica.

Quedó tuerto, pero un poco más juicioso, dicen. ¿Quién sabe?



XLVII.

La hormiga y su fortuna.

La hormiga, después de haber trabajado muchos años, con constancia y empeño sín igual, ella y toda su familia, se encontró con una gran fortuna. En los primeros tiempos, á medida que iba levantándose su posición, iba también creciendo el clamor de los fieles amigos, de estos que no pudiendo jamás alcanzar el éxito, siempre ladran por detrás, encontrando bien culpables por cierto los medios que tenía de enriquecerse, ya que no sabían ellos emplearlos.

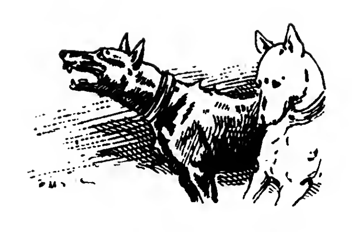
Cuando de rica se hizo poderosa, los clamores hubieran podido ser peligrosos y se volvieron simples cuchicheos; pues, si bien hay que rebajar siempre un poco lo que no se puede igualar, es preciso hacerlo con prudencia. Y cuando se hubo cansado la gente de machacar sin cesar las mismas maledicencias, se le ocurrió á la lombriz exclamar, una vez, en una reunión:

—¡Cuando pienso que á mí me debe la hormiga todo lo que tiene!

Los circunstantes la miraron con cierto asombro, y ella prosiguió:

—«¡Y cómo no! ¿no se acuerdan ustedes que cuando llegó aquí, pobre, sin nada, desamparada, le facilité, para que descansara, un agujero que yo misma acababa de hacer?

—Es cierto, dijeron; y pronto se acordaron todos de lo que habían hecho para la hormiga, en otros tiempos, cundiendo en la mente de cada uno la idea de que á él le debía, si no toda su fortuna, por lo menos gran parte de ella. Hasta la misma araña se alabó de haberla dejado trabajar en paz, cuando muy bien la hubiera podido prender en su tela; y no hubo mosca, moscón ó mosquito, gusano ni escarabajo que no se atreviese á afirmar que, sin él, la hormiga todavía sería pobre.



XLVIII.

Los dos perros y el ladrón.

Dos perros habían sido encargados de cuidar una casa durante la ausencia de los amos. Uno de ellos, creyendo así hacerse valer, no perdía ocasión de ladrar furiosamente. Cualquier pretexto le era bueno. Si alguno pasaba por la calle, agachaba la cabeza hasta el suelo, metía el hocico contra la rendija de la puerta y se desgañitaba ladrando.

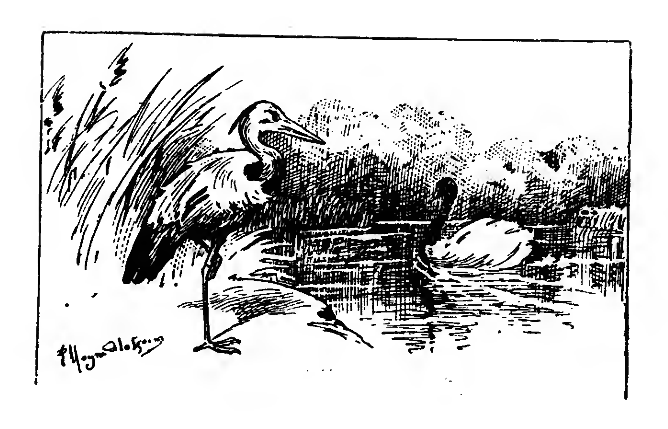
El otro perro, después de comer su ración, se había pacíficamente arrollado en un rincón del patio, de donde podía, de una ojeada, ver todo lo que pasaba en la casa y quedaba dormitando, sin hacerle caso al compañero, ni á sus gritos.

De repente apareció en el patio un hombre con un palo en la mano; era un ladrón, que sabiendo que los amos no estaban en la casa,

había saltado por la pared del fondo y venía á ejercer sus talentos.

El perro gritón, al verlo, corrió hacia él, ladrando más fuerte que nunca; pero el ladrón levantó el palo y, antes que lo hubiera dejado caer, el perro había disparado hasta el fondo del jardín, no con ladridos de guapo ya, sino con gritos agudos y despavoridos, como si estuviera herido de muerte.

Se sonrió el intruso y se dirigió hacia el otro perro que, parado y gruñendo, mostraba los colmillos. Este no caviló mucho tiempo: al ver al hombre cerca, con el palo levantado, se abalanzó sobre él, y agarrándolo de la garganta, lo volteó, enseñándole que más muerde el perro callado que el que mucho ladra.



XLIX.

El cisne y la garza mora.

Sin pedir nada á nadie, una garza mora, gris y flaca, tiesa en una pata, con las plumas erizadas y el pescuezo entre los hombros, miraba indiferente, desde la ribera del lago, las graciosas evoluciones del cisne. Éste andaba, dándose corte y presumiendo, alrededor de la hermosa casilla que, en un islote, le servía de morada.

Vió á la garza, solitaria, pobre y mal vestida, y para darse tono, más que por caridad, se aproximó á ella con aires protectores.

El cisne pensaba que la garza lo iba á saludar con el respeto que la pobreza parece deber

á la fortuna, y quizá á pedirle alguna limosna; pero, á pesar de que, despacio y dando vueltas, se iba acercando, veía que la garza no se movía y lo seguía mirando con la mayor indiferencia.

Se le acercó del todo, y para entablar la conversación, enteró á la garza mora de quién era, de cual era su situación en el mundo, brillante por cierto, y hasta envidiable, asegurándole que sus medios y sus relaciones le permitían ayudarla, si como era de presumir, lo podía necesitar, con alguna concesión de pesca ó cualquier otra cosa que le pudiera ser útil.

La garza no contestaba y parecía no oir ó no entender estos amables ofrecimientos, por espontáneos que pareciesen. Ella no necesitaba más de lo que tenía; no quería mayor riqueza; vivía como podía, sin deber á nadie obligación alguna, ni la quería contraer, sabiendo demasiado que nadie da nada sin condición; y, de ahí, su silencio desdeñoso.

Y el cisne no tuvo más remedio que volver á su casilla suntuosa, sin haber logrado comprar lo que siempre había creído de tan poco valor: un noble orgullo de pobre.



L.

El pato y las gallinas.

Dos gallinas se disputaban á picotazos una espiga de maíz; como si no fuera bastante el trabajo de desgranarla.

Un pato, después de considerarlas y de reflexionar un rato, expresó su opinión con su voz melodiosa, y tomando por su cuenta la espiga, empezó á golpearla con tanta fuerza que por todos lados rodaron los granos.

Las dos gallinas dejaron de pelear, para comer apuradas lo poco que pudieron agarrar, pues el pato devoraba, revolcando sin cesar la espiga en el lodo; y sintieron no haber hecho las paces antes, conociendo, algo tarde, que evitar un pleito es ganarlo.



LI.

El perro y el cabrón.

El perro ovejero, viendo que, por haberse aumentado mucho la majada, ya no la podía cuidar como era debido, resolvió pedir al pastor que le nombrase un ayudante. Pero antes, le participó al cabrón su intención de designarlo como candidato. Agradecido éste, le aseguró que haría todo lo posible para hacerse digno de tanta confianza y corresponder á la protección que se le dignaba conceder; y lleno de alegría, se fué á contarlo todo á las cabras, que lo contaron á las ovejas, contándolo éstas á los carneros.

Todos vinieron á felicitar á su futuro jefe, á ofrecérsele y á recomendársele.

El cabrón es de poca cabeza; empezó á creerse un personaje; escuchaba las mínimas con-

fidencias del mínimo borrego como si fueran secretos de estado, tomando aires de profunda atención, sacudiendo la cabeza y moviendo los párpados, llegando á darse, con sus astas torcidas y su luenga barba blanca, toda la apariencia de un sabio reverendo.

Pronto, algunos animales de la majada le insinuaron que, una vez nombrado él por el pastor, le sería fácil, con un poco de diplomacia, suplantar al perro; y que, si había que acudir á la fuerza, allí estaban ellos.

Y el cabrón no dejó de escucharlos con cierto placer.

Pero lo supo el perro, y sencillamente desistió de pedir ayudante al amo.

Como pasaba el tiempo sin que viniese el nombramiento, empezaron los futuros protegidos á preguntar al cabrón para cuando sería.

—¡Ah! ¿Ese puesto — dijo, — sí, que me lo querían dar? ¡hombre! todo bien pensado, no quise.



LII

El zorro y el puma.

Siempre debería rebosar la fiambrera del puma; pero mata por matar, sin saber conservar nada y tiene á menudo que contentarse con cualquier cosa para no morirse de hambre.

El zorro, que también, aunque no sea por tonto, conoce las duras leyes de la necesidad, un día, vió que el puma se encontraba sin nada que comer; él tenía dos perdices, y haciéndose el generoso, con todo desprendimiento, le ofreció una.

El día siguiente, habiendo su amigo carneado varias ovejas, le pidió que le cediera, por favor, un cuartito para almorzar.

—¿Qué va á hacer con un cuarto, amigo? —contestó el puma;—tome, no más; sírvase, coma y llévese lo que quiera para su casa.

El zorro bien sabía que así sería y no se hizo de rogar; se llenó hasta más no poder y, en pago de su perdiz, tuvo de comer por ocho días.

Es preciso dar con tino, en este mundo. Y también es preciso saber prometer.

Los ovejeros empezaban á cuidar mucho sus corrales y la vida se hacía difícil. El zorro andaba flaco como pulga de pobre, y, en ayunas, encontró á su amigo el puma con una perdiz que, por suerte, acababa éste de cazar.

—¿Y va á comer usted esta porquería?—le dijo el zorro al puma;—cuando allí, cerquita, tiene una majada rodeada y sin perros.

—¿Donde?—dijo el puma.

—Cerquita; véngase conmigo: lo llevo.

—Bueno; entonces tiro la perdiz. Es flaca, de todos modos.

—No la tire; démela: la voy á comer; á mí me gustan más las aves.

Y el zorro se comió la perdiz con pico, patas y pluma, y le dijo al otro:

—Venga, no más.

Agarró por entre las pajas, dió vueltas y vueltas, hasta que, en un descuido del puma, lo dejó buscar solo las ovejas... del cuento.



LIII.

El mono y el perro

Un mono, despues de haberse primero asustado bastante, al oir sonar en el yunque el pesado martillo manejado por el herrero, en medio de torbellinos de chispas, había quedado observando con admiración el trabajo, y poco á poco había entrado en su cabeza de buen mono el deseo loco de hacer lo mismo.

Lo que hace el hombre, ¿por qué no lo va á hacer el mono?

Y un día que el herrero estaba durmiendo la siesta, agarró un mazo de palo por haberle salido muy pesado los de hierro, y llamando la atención de un perro que guardaba la casa, le dijo:

—Mira, ¡vas á ver!

El perro miró: las pruebas del mono siempre le interesaban, pues, aunque á veces salie-

ran pésimas, nunca dejaban de ser graciosas y de causarle risa.

Mientras se preparaba el mono, una mosca vino á fastidiar al perro, y para cazarla, éste abrió una boca enorme, pegando mandibulazos como para reventar, no una mosca, sino un buey, tanto que el mono se interrumpió para decirle:

—Pero, amigo, no abras tamaña boca para una mosca; se debe proporcionar el esfuerzo y la herramienta al trabajo. Aprenda del herrero, como aprendí yo. Mira!

Y alzando con las dos manos el martillo de palo, pegó en el yunque un tremendo golpe. Ni sonó siquiera el yunque, pero se quebró el cabo, y el martillo le vino á dar en el hocico un porrazo bárbaro; lo que hizo que el perro se desternillara de risa, por el modo tan lindo con que ponía en práctica el mono sus propias lecciones.



LIV.

El vizcachón previsor.

A los viejos les gusta amontonar. Será que no pudiendo ya producir, tienen miedo de quedarse de repente desamparados, y al fin, hacen muy bien.

Un vizcachón viejo, viudo, sin hijos, sin familia, amontonaba en su cueva todo lo que podía encontrar. Unos jóvenes sin experiencia creían que lo hacía por avaricia y se burlaban de él, haciéndole ver que cuando se muriese, lo que no podía tardar, por su edad avanzada, todo iba á caer en manos de indiferentes, parientes lejanos, ó quién sabe quién, y que haría mucho mejor en gastarlo todo desde luego.

—¿De qué le sirve—decían—cuidarse del día de mañana, cuando probablemente no lo alcanzará usted á ver?

—Es que más me gusta, muchachos,—contestó el viejo,—correr el riesgo de enriquecer por mi muerte aun á mi peor enemigo, que el de quedar, en vida, á cargo de mi mejor amigo.



LV.

Las vizcachas.

Hubo un momento de gran alboroto entre las vizcachas, cuando cundió la voz de que el dueño del campo había resuelto hacer destruír á pala las vizcacheras: y debía de ser cierta la noticia, pues una noche que el capataz de la estancia volvía de la pulpería bastante alegre, rodó su caballo en una cueva, y las vizcachas que estaban todas pasteando alrededor, clarito le oyeron que rezongaba:

— La suerte que mañana llega la cuadrilla de napolitanos que nos van á librar de esa plaga.

Las vizcachas se juntaron en asamblea, y despues de decidir ésta que, por ser la lucha por demás desigual, no había más remedio que emigrar en masa, el presidente dijo:

—La mudanza empezará mañana.

Y levantó la sesión.

El día siguiente, llegó la cuadrilla, pero tarde

y se lo pasaron los napolitanos reconociendo el campo, dejando el trabajo para el día siguiente. Y las vizcachas, siguiendo el ejemplo, dijeron otra vez: «Mañana.»

Los hombres no hicieron más, el día siguiente, que contar con prolijidad las vizcacheras que había; y las vizcachas pensaron que la mudanza lo mismo se podía hacer «mañana».

Empezó el trabajo; pero justamente en la otra punta del campo, de modo que los jefes de las vizcachas que se habían juntado volvieron á decir: «Mañana».

Comenzaron á llegar vizcachas escapadas de la matanza, muchas de ellas heridas por los perros, sembrando el espanto en las vizcacheras indemnes aún. Asimismo, como todavía antes de muchos días, no estaría la cuadrilla en esta loma, parecía inútil mudarse este mismo día. ¿Para qué tanto apuro? «Mañana será lo mismo», dijeron y se quedaron así días y días, hablando siempre de «mañana,» acostumbrándose á oír noticias amenazadoras, á ver acercarse el día del peligro, sin por esto moverse, pensando que siempre habría tiempo: *mañana*.

Y cuando llegó por fin ese terrible *mañana*, era tarde ya para mudarse, porque no habían preparado donde. Era tarde ya hasta para huír, y todas perecieron.

A veces tarda un año, pero siempre viene *mañana.*



LVI.

La araña y el sapo.

Un sapo andaba de desgracia. Ninguna mosca se le acercaba y empezaba á tener una de esas hambres que quitan la vergüenza al más honrado. Al levantar los ojos, vió que en la tela de la araña, su vecina, estaban presas tantas moscas de todos tamaños, que en dos días no las iba á poder comer todas.

Con un grito ó dos de su voz simpática. llamó á la araña y le pidió prestadas algunas moscas, prometiéndola que pronto se las devolvería.

La araña, sabedora de que el que presta pierde el dinero y las amistades, primero hizo la que no oía.

Después hizo la que no entendía.

Contestó en fin que tenía pocas.

Dijo que no eran todas de ella.

Agregó que no podía despegarlas.

También afirmó que, habiéndose ya negado á prestar á la rana, no podía, sin crear conflictos, prestar al sapo.

Y cuando éste ya se dió vuelta, enojado, diciéndola que todos estos no eran más que malos pretextos:

—Serán malos los pretextos, dijo entre sí la araña; pero las moscas son buenas.



LVII.

La caridad.

Sucedió un horrible accidente: se desplomó el techo de una casa abandonada, hiriendo de gravedad á muchas ratas; y entre todos los animales inscriptos en la sociedad de socorros mutuos se inició una subscripción, para proveer camas, que era lo más urgente; y todos se apresuraron á dar pruebas efectivas de solidaridad.

El mismo hurón que, días antes, se había comido todos los hijos de una de las ratas he-

ridas, no vaciló en traer su óbolo, y para ello se sacó de la espesa cola un puñado de pelo. Y todos, enternecidos por este rasgo de generosidad, susurraron, con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Qué bién! ¡mire que con las ratas andaba algo distanciado. Y asimismo, ya ve!

La oveja se lució. Era unos días antes de la esquila; llevaba cinco libras de lana; los calores empezaban, y su poncho la tenía ya molesta. Se arrancó un gran mechón de lana y lo entregó al comité. Todos los presentes echaron el grito al cielo:

— Qué generosidad! ¡qué desprendimiento!

Y como Damián, el venado, que sin tener mayor relación con las ratas, pero llevado por su buen corazón, traía, en aquel momento, un puñadito de pelos cortos que, sólo con pelarse casi toda la paleta, había podido conseguir, lo miraron con bastante desprecio.

Sólo Cristo supo valorar el óbolo de la viuda.



LVIII.

El hurón y el zorro en sociedad.

El zorro hizo, una vez, sociedad con el hurón. Este entraba en las conejeras; el zorro se quedaba afuera, espiando, y con diente ligero, cazaba á los conejos asustados que asomaban á la puerta.

Al hurón le daba parte de la presa, lo menos posible y los peores pedazos: el cogote, la cabeza, las patas.

Pero el hurón quedaba muy conforme así; y el zorro no tenía boca para ponderar á su socio, su compañero y su amigo. Cierto que le mezquinaba un tanto la carne, pero los elogios llovían: era fuerte, valiente, sin pereza, dócil, fiel, honrado, franco, sin orgullo . . . un tesoro.

Un día, asimismo, ¿quién sabe por qué sería? tuvieron un disgusto y el hurón pidió la cuenta. El zorro se la arregló; y después de contar, no se sabe bien qué, con las uñas, le

hizo ver al hurón que él era quien quedaba debiendo, y lo despidió, perdonándole la deuda, dijo, pero tratándolo de desagradecido.

El hurón se fué y empezó á trabajar por su cuenta. Le fué bien, no más; engordó, mientras que el zorro, que ya casi no podía cazar, enflaquecía á ojos vistas.

Un día que el zorrino le preguntaba al zorro por qué no trabajaban ya juntos con el hurón:

—¿Qué quieres, amigo? contestó don Juan ¡si no sirve para nada! ¡Es un flojo, un cobarde, un haragán, un vanidoso, un desobediente, un sin palabra. . . . un cachafaz!.

Las cualidades ajenas fácilmente se vuelven odiosas para él que ha dejado de aprovecharlas.



LIX.

El ruiseñor y los gansos.

Un ganso se había enriquecido vendiendo plumas, y todos sus hijos seguían con el mismo oficio, enriqueciéndose más y más. Una tarde que, después de comer hasta más no poder, tomaban el fresco, cambiando de vez en cuando graznidos insulsos sobre los negocios del día, oyeron los simpáticos trinos del ruiseñor.

El padre ganso lo llamó y le declaró que, deseoso de proteger el arte, lo que le permitía hacer su gran fortuna, había resuelto ofrecerle el puesto de maestro de música de sus hijos, remunerándole generosamente con la casa y la comida.

El ruiseñor no necesita mucha casa, ni mucha comida; pero, artista incipiente, era tan pobre que aceptó.

Empezaron las lecciones; pero por mucho

que hiciera, nunca pudo conseguir de sus discípulos otra cosa que el estridente grito: «¡Juán Juán!» y desanimado, se retiró, diciéndole al padre:

—Mire, señor; mejor es renunciar; sus hijos han nacido sólo para ganar plata, no trate de hacer de ellos artistas.



LX.

El burro.

El burro había nacido bueno, alegre, sumiso, lleno de buena voluntad. Era feo, es cierto, pero se reía con tan buena gana, que á pesar de su voz horrenda, su rebuzno parecía canto. Se burlaban de él y de su facha; él sacudía las orejas y se reía, bonachón.

Pero, porque era bueno, empezaron á abusar de él. Era fuerte, por ser tan chico; lo

cargaron demasiado; era sobrio; casi no le dieron de comer; era resistente; le hicieron trabajar más de lo que era posible. Y cuando ya no daba más, lo empezaron á maltratar.

Se le avinagró el genio; sus orejas no se movían ya risueñas, sino que las echaba para atrás, enojado, enseñando los dientes y aprontando las patas.

Y el amo, desconfiando, á pesar de tener en la mano el palo amenazador, decía:

—¡Qué malo es el burro!



LXI.

La vizcacha y el zorrino.

La vizcacha tendrá sus defectos; pero es afincada; vive con su familia en su casa propia; es ordenada; le gustan el ahorro y la limpieza, y todo bien mirado, es persona decente.

Una tarde que iba troteando por el cardal, la saludó con mucha cortesía el zorrino y se le puso á la par, entablando conversación y siguiendo viaje con ella. Aunque la vizcacha sólo lo conociera de vista, no lo quiso desairar y le contestó atentamente. Pero pronto se fijó en que todos los conocidos á quienes saludaba por el camino se hacían los ciegos ó los despreocupados y no le contestaban el saludo. Primero se resintió y despues reflexionó; y pensó que, no pudiendo ser para ella la afrenta, debía de ser por su compañero. Lo miró de reojo; no le vió nada de muy particular, pero le tomó como un olorcillo raro. Olfateó más fuerte y ya se dió cuenta de que andaba mal acompañada. Pronto, con un pretexto cualquiera, dió media vuelta, se paró, saludó al zorrino:

— Mucho gusto — le dijo — en conocer á usted.

Pero no le ofreció la casa.



LXII.

El loro muerto.

El loro llenaba en la corte tres empleos: anunciaba la visita de los altos personajes; tenía el encargo de recrear á Su Excelencia, en sus momentos de ocio, con cuentos amenos, y de atajar á los solicitantes con el grito consagrado: «¡No hay vacante!» Y como es justo, teniendo tres empleos, cobraba tres sueldos, como quien dice nada.

Murió; y pocas horas después del triste acontecimiento, estaban conversando el chajá, la urraca y el bien-te-veo, ponderando á cual más las cualidades del finado:

—¡Pobre señor loro! decía uno con aflicción.

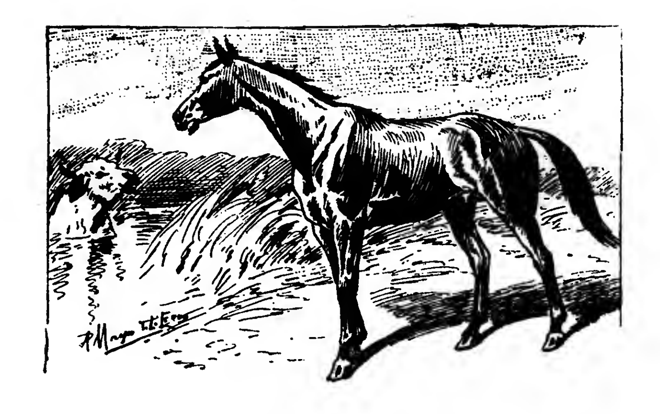
—¡Qué muerte tan repentina! contestó otro tristemente.

— ¡Es un gran vacío! observó el tercero, compungido.

—¡Y una gran vacante! murmuró la urraca.

Y el chajá se sonrió y también el bien-te-veo; y los tres, mirándose con ojos de candidato:

—¡Qué vacante linda, ché!—susurraron los tres.



LXIII.

La vaca empantanada.

Una vaca flaca como un estacón de ñandubay, quiso tomar agua en un charco y quedó empantanada. Debilitada por el hambre, viendo que no podía salir sola del paso, esperaba, sin moverse, la muerte, cuando por allí pasó el caballo.

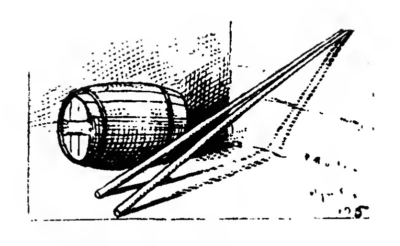
Con mugido triste y mirada lánguida, lo llamó en su auxilio, y el caballo, servicial por naturuleza, entró en el barro y empezó á ayudarla.

En la loma apareció, en aquel momento, el zorro. Se sentó, y de aficionado no más, contempló ese espectáculo tan raro de un servicio prestado con todo desinterés.

El caballo se tomó un trabajo bárbaro; levantó, tiró, empujó al animal embarrado. Se ensució de los pies á la cabeza; pero por fin, sacó la vaca del pantano.

Y apenas estuvo ésta en piso firme, agachó la cabeza y lo quiso cornear.

El caballo, en su noble candidez, quedó estupefacto ante tanta ingratidud; mientras que silencioso, con una sonrisa sardónica, se retiraba el zorro.



LXIV.

Las pértigas y la barrica.

Dos pértigas, paseando, vieron pasar la barrica, y cimbrándose de risa, las dos juntas exclamaron:

—¡Mira ché, que barbaridad!

La barrica las miró y, con su voz profunda, dijo:

—¡Menos risa les causaría mi redondez si no fueran ustedes de tan risible flacura!



LXV.

¡Ya no soy poeta!

Un cabecita negra cansado de cantar gratis, fastidiado de llenar de melodías las frondosidades del monte y de celebrar las bodas de todas las avecillas con sus poéticos gorjeos, sin nunca recibir un peso, resolvió buscar otros medios de vida.

Un día que se le acercó un gorrión con su gorriona, rogándole tuviera la amabilidad de componer su epitalamio, bruscamente les contestó:

—¡Ya no soy poeta!

El gorrión, incrédulo, se sonrió y también la gorriona.

Era cierto, sin embargo; el cabecita negra

se había vuelto vendedor de perfumes, por cuenta de las flores que crecían en las orillas del monte, y para probárselo, ofreció á la gorriona venderlo un elegante frasquito de esencia. Pero antes que le dijera el precio, la gorriona coqueta miró al cabecita negra con unos ojos tan tiernos, que éste no pudo resistir al deseo de regalarla el frasco, y de yapa la dedicó un delicioso madrigal.

El gorrión no dijo nada; pero la mueca que con el pico hizo, bien dejaba entender que, para él, el que nace poeta, poeta muere, y que no tardaría el cantorcito comerciante en pedir moratorias.



LXVI.

La cúspide y el valle.

Cuando llegó el sauce á la comarca buscando fortuna, la cúspide y el valle se apresuraron á hacerle sus ofrecimientos. La primera, codiciando tan admirable adorno para su calva cabeza, lo buscó por la vanidad. Le ponderó la gloria que sería para él dominar, desde lo alto de tan imperiosa cima, todas las tierras encerradas en el horizonte, con todas sus plantas, grandes y pequeñas, y sus habitantes, desde el insecto imperceptible hasta el hombre orgulloso.

Se dejó tentar el sauce y quiso subir hasta la cúspide. Pero tanto más subía, cuanto más iba sufriendo de la sed y de la violencia del viento se marchitaban sus hojas; sus mejores ramas se quebraban; y cuando vió lo que todavía tenía

que arrostrar para llegar, le gritó á la cúspide que no lo esperase, pues encontraba por demás áspera la senda de la gloria.

Bajó hasta el valle. Allí lo saludó discretamente el arroyuelo cantor, propinándole sin reserva las aguas de su curso. El viento, atajado por las montañas vecinas, apenas era un céfiro acariciador que le refrescaba suavemente la melena, y los pájaros, alegres, venían por bandadas á reñir y á gorjear entre su follaje.

El valle le ofreció la hospitalidad; modesta y retirada, sin gloria y sin honores, era la vida que en él se hacía, pero vida tranquila, de paz profunda. El sauce allí se quedó.

En las alturas, sólo resiste el árbol inquebrantable ó la planta rastrera.



LXVII.

El ñandubay y la paja.

Un pequeño trozo de ñandubay, entre las cenizas del fogón, lentamente se iba consumiendo. Poca llama salía de sus ascuas, pero cantaba suavemente el agua de la pava, y podría seguir cantando así durante muchas horas, antes de que se apagase el fuego.

No muy lejos, estaba un gran montón de paja; y la misma brisa que, al correr por la llanura, de vez en cuando avivaba el resplandor de la brasa, susurró al oído del trozo de leña lo que, en tono de desprecio; venía diciendo de él la paja.

—No sé cómo se llamará esto—decía,—pero seguramente da más compasión que calor. Casí tengo ganas de ofrecerle mi ayuda para enseñarle lo que es fuego.

De acuerdo con el ñandubay, la brisa, soplando fuerte, echó encima del fogón todo el montón de paja.

Soberbia fué la llamarada, pero tan rápida pasó y se extinguió tan pronto, que dejó apenas una ceniza liviana, sin haber siquiera conseguido hacer hervir el agua. Y con calma se siguió consumiendo el pequeño trozo de leña, haciendo suavemente cantar, durante muchas horas todavía, el agua en la pava.

Lo que vale, en la vida, es el esfuerzo que dura.



LXVIII.

El picaflor enojado.

En un jardín donde acostumbraba merodear un joven picaflor, una tarde, colocaron un gran espejo en forma de globo, para que en él se miraran las flores coquetas y las mariposas presumidas.

Como siempre, el picaflor, el día siguiente, luego que empezó el sol á calentar, entró como flecha en el jardín, en busca de miel, pinchando aquí, pinchando allá, en su vibrante aleteo de arco-iris viviente, dando á la flor vencida los crueles besos de su largo pico.

De repente, vió relumbrar en el gran globo de cristal las mil flores coloradas de la misma planta que estaba saqueando, y dejando pasmarse en inútiles deseos las elegantes campanillas que le pedían su amor, fué á dar de picotazos á la sombra de ellas.

Hubiera debido ver que se equivocaba; pero, acostumbrado á no encontrar resistencia, se dejó enceguecer por la ira, y siguió picoteando, enojado, enfurecido, hasta romperse el pico en la dura pared de pintadas ilusiones, y caer moribundo, víctima de su locura.

La reflexión y la ira son enemigas mortales, pues siempre una de ellas mata á la otra.



LXIX.

La hormiga alada.

Vino la primavera, y, con ella, le salieron alas á una hormiga negra, acostumbrada hasta entonces á caminar por el suelo, sín que jamás hubiera pensado en mirar hacia el cielo. Al sentirse tan liviana, se creyó dueña del orbe; miró con desprecio á sus compañeras que seguían arrastrándose en la senda del trabajo, con su pesada carga; y tomando su vuelo, partió para conquistar el mundo.

Corto fué el viaje; pasó una nube, cayó un aguacero, y la hormiga alada pronto quedó muerta entre el barro del camino.

Los favores de la suerte suelen traer consigo sus peligros.



LXX.

El carnero filósofo.

Un carnero, viendo cuanto bien producía á la gente ovejuna su modo de vivir en sociedad, quiso generalizar el sistema y reformar en ese sentido las costumbres de todos los animales. Trató, por una propaganda incansable, de juntarlos en una sola familia, demostrándoles que para todos sería de gran provecho.

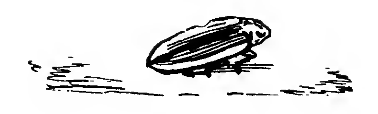
Empezó por querer asociar á todos los pájaros con las aves; pero pronto vió cuán difícil le sería casar al avestruz con la gallina.

Y cuando trató de juntar á los cuadrúpedos entre sí, y á éstos con la gente que vuela, fué peor; pues cada cual tenía sus costumbres y

sus mañas, andando ligero unos y otros despacio; volando, caminando ó nadando; comiendo carne ó comiendo pasto; éstos bien vestidos aquellos desnudos; unos con dos patas, otros con cuatro; acostumbrados algunos á no llevar cola, y muchos queriéndola conservar; los pájaros queriendo imponer la pluma á todos, y los cuadrúpedos el pelo.

Hasta hubo grandes riñas, por haber nacido vivos, fuertes y bien parecidos unos cuantos, y no querer ellos volverse tontos, débiles y feos, para hacerles el gusto á los demás.

Renunció el carnero á poner en práctica su teoría, y se conformó con haber agregado uno más á los sistemas filosóficos ya fracasados ó por fracasar.



LXXI.

La luciérnaga y las arañas.

Una luciérnaga, entre los yuyos, brillaba, y esta luz ofuscaba á las arañas escondidas en sus rincones obscuros.

Tácitamente se coligaron las envidiosas para siquiera tapar, ya que no la podían apagar, esa lámpara molesta; sin ruido, la fueron envolviendo poco á poco con tantas y tan espesas telas, que, aunque siguiese prendida, no podían sus rayos traspasar el velo, y que para todos quedó como si no existiera.

El silencio suele ser, á veces, arma tan malévola como la maledicencia.



LXXII

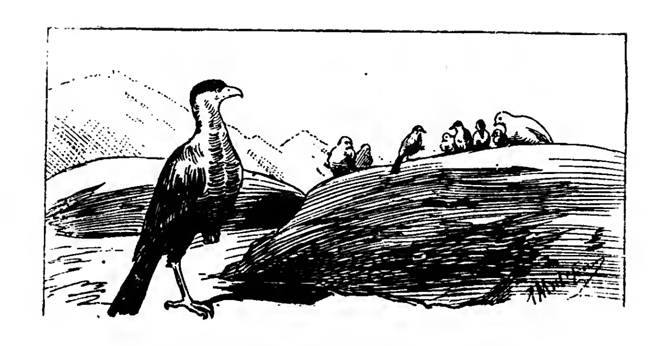
El cordero negro.

En la majada nació un cordero negro; y el pastor lo miraba con desprecio, por ser su vellón de escaso valor. Al repartir entre los corderos la ración de grano, siempre trataba de que no pudiera comer su parte; y una mañana que el negro, quejándose, lo ensordecía con sus balidos:

—Cállate, le dijo, haraposo, que gritas como si fueras blanco y bien vestido.

Y el cordero le contestó:

—Es que el hambre no hace diferencia, y lo mismo necesita comer el negro haraposo como el blanco bien vestido.



LXXIII.

El águila y el gorrión.

El gorrión, con imprudencia de cortesano novel, criticaba en voz alta, en un círculo de muchos otros pájaros, el gobierno del águila. Aseguraba que los impuestos eran excesivos y estaban mal repartidos; que se derrochaban los dineros públicos; que la justicia era pésimamente administrada; que las elecciones, falseadas, mandaban al congreso puros politiqueros ignorantes; que todo se volvía negocio; que el verdadero mérito nunca era recompensado, y que sólo conseguían los puestos públicos los que para nada servían.

Y muchas otras cosas se disponía á criticar, cuando el águila que, sin que lo hubiera sen-

tido el gorrión, se había aproximado al grupo, le preguntó de qué gobierno estaba haciendo la historia.

El gorrión no se inmutó:

—Del gobierno del abuelo de Vuestra Majestad—contestó sin vacilar, saludando al águila con toda cortesía.

Y el monarca no pidió más, recapacitando que, efectivamente, todo aquello, desde entonces, había mejorado muchísimo.



LXXIV.

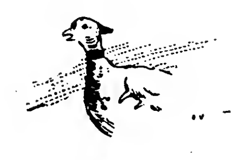
El tutor y la planta.

Una planta delicada recién colocada en un jardín, necesitaba tutor para resistir los asaltos del viento; y el jardinero, no teniendo á mano ninguna rama seca, cortó un gajo de sauce, y lo clavó en la tierra para sostener á la planta débil.

Durante algún tiempo, todo anduvo bien; pero cuando vino la primavera, la rama de sáuce se cubrió de hojas, aparentando proteger con ellas á su pupila, quitándole en realidad todo el sol y echando raíces tan grandes que pronto chuparon toda la savia del suelo. A los pocos meses, se marchitó la plantita y murió, mientras que el tutor seguía crecien-

do; ¡cómo si para crecer él lo hubieran colocado en ese sitio!

No lo hizo por maldad; fué casi sin pensar; y la culpa era del jardinero, por no haber sabido elegir el tutor.



LXXV.

El chajá y los mensajeros.

Para evitar en lo posible á los habitantes de la Pampa los perjuicios que les podría causar su venida repentina, la lluvia siempre, antes de llegar á alguna parte, se hace anunciar por el chajá, cuya voz estentórea y cuyo vuelo poderoso le permiten cumplir bien y ligero con su misión.

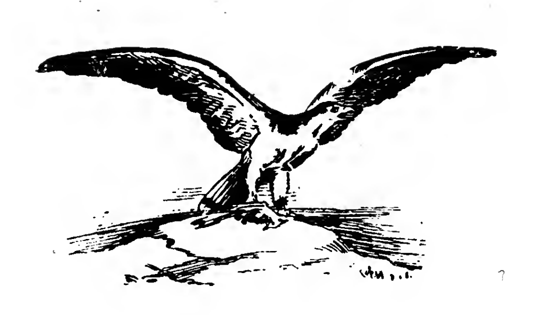
Un día que el chajá andaba en amores, pensó que, por una vez, podría, sin que lo supiera nadie, hacerse reemplazar. Llamó, pues, al cisne que volaba por los aires, y le pidió que por donde pasara tuviese la bondad de avisar á todos que ya venía la lluvia. El cisne prometió, y siguió viaje.

Para mayor seguridad, el chajá le pidió el mismo servicio á la gaviota, cuya voz gritona se oye de lejos; al flamenco, que viaja mucho; á la paloma, que viaja todavía más; y á la cigüeña, que es persona servicial y conoce á medio mundo.

Todos prometieron, y el chajá, bien tranquilo, volvió á sus amores. Pero el cisne andaba muy apurado, como siempre, y callado; y pasaba sin decir nada á nadie, y sin dar ningún aviso. La gaviota salió llena de buena voluntad; pero encontró á unos hombres que araban, y tantos gusanos se revolcaban en la tierra removida, que allí se detuvo, olvidándose completan:ente del encargo. El flamenco dió con una laguna tan transparente que no pudo resistir á las ganas de admirar en el agua su hermoso pelaje rosado, y tanto tiempo se quedó allí que no pudo, después cumplir su promesa.

La paloma, llevada por su instinto invencible, volvió, á pesar suyo, al palomar, y allí la detuvieron, mientras que la cigüeña se quedaba pescando en cuanto cañadón encontraba á su paso; de modo que cuando la lluvia llegó, nadie había podido tomar sus medidas para evitar perjuicios.

El chajá recibió un terrible reto; casi lo destituyeron, y vió que lo mejor es hacer uno mismo sus cosas, sin contar con nadie; pues, resulta chasco todo lo que á otro se confía.



CXX.

El águila, el chimango y las urracas.

Las urracas, habiéndose reído al pasar el águila, ésta, en un arranque impetuoso, se abalanzó sobre ellas, mató dos ó tres y remontó el vuelo, dejándolas para siempre curadas de las ganas de burlarse de ella.

El chimango asistía desde lejos á la escena; y también quiso, un dia, imponer respeto á las urracas. Pretexto no le faltaba, pues siempre de él se mofaban y lo perseguían, riéndose á carcajadas.

Majestuosamente, pues, desplegó sus alas, y dejándose caer sobre el grupo de las más gritonas, las amenazó con las uñas y el pico. ¡Pobre de él!

Las urracas se juntaron en bandadas, y de

tal modo lo hostigaron, que tuvo que salir disparando, no sin haber perdido parte del plumaje.

Y á doña Chimanga, que le preguntaba por qué se había metido con esa gente:

—Me quise hacer respetar—dijo.

—Y saliste chiflado—le contestó la compañera.



LXXVII.

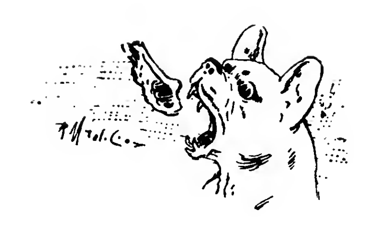
El zorro y la vizcacha.

El zorro se aprovechó de que la vizcacha había ido á veranear con la familia en la costa de un cañadón, para apoderarse de su habitación en la loma. Y cuando volvió la dueña, le declaró con toda desfachatez que, aunque conocía perfectamente que ella tenía para sí todo el derecho, se negaba á entregarle la cueva.

Protestó la vizcacha enérgicamente, y juró que haría valer su derecho.

—Para valer, el derecho necesita ayuda, -dijo el zorro. — Y agregó, riéndose: — ¿Por qué no lo ve al perro?

La vizcacha rabió, pataleó; pero acabó por conformarse con hacer otra cueva, pues pronto se dió cuenta de que el zorro tenía razón: que el derecho, sin ayuda, poco vale y que la ayuda, á veces, puede costar caro.



LXXVIII.

El perro gritón.

El tígre y el puma, con el cimarrón y el zorro, habían entre todos muerto un buey, y como la presa era grande, no peleaban entre sí, demasiado ocupados por acordarse de impedir que cada cual voracease á su gusto.

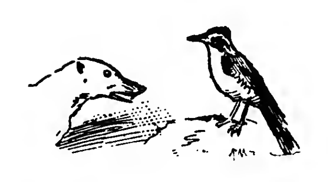
Pero la muchedumbre de los animales pequeños que también viven de carne, los rodeaba con envidia, admirando las ganas con que comían.

Más de uno había tratado de agarrar un bocado, pero tan severo había sido el castigo, manotón ó mordisco, que ya ninguno se animaba, y se contentaban con rezongar; viendo lo cual, un perro trató, ladrando fuerte y sin cesar, de fomentar una sublevación.

En el mismo momento en que estaba gritando con más ahinco, el zorro, con una gui-

ñada al tigre que ya sacaba las uñas, le tiró justito en la boca, con destreza y discreción, un buen pedazo de carne que le hizo callar en seguida.

El que come no grita.



LXXIX.

El bien-te-veo y la comadreja.

El zorro, muy ocupado en cazar perdices, iba deslizándose en un surco, tan despacio y con tanto disimulo, que ni un terrón se movía á su paso. Pero por bien que se confundiese con el color del suelo el color de su pelaje, el bien-te-veo, desde su nido, lo vió y no pudo contener las ganas de hacerlo saber á todos.

—¡Bien te veo, bien te veo!—gritó á voz en cuello.

El zorro se paró, y renegando á media voz:

—¡Imbécil, dijo, que se quiere hacer el vivo!

Y se arrasó en una depresión del terreno, esperando que pasase la tormenta.

Mientras tanto, una comadreja overa había, oído los gritos del bien-te-veo, fijándose inmediatamente en el sitio de donde salían.

El bien-te-veo dejó el nido y se vino á reir del zorro:

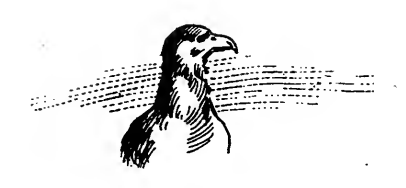
—¡Bien te veo, y bien te veo, y bien te veo!

Y la comadreja, haciéndose la zonza, le preguntó con aire inocente á quien gritaba así. El pájaro le enseñó al zorro escondido; pero la comadreja se hacía la ciega y buscaba al zorro sin quererlo ver, persiguiendo á preguntas al bien-te-veo, pidiéndole que se lo señalase mejor; y el bien-te-veo se lo enseñaba, entreteniéndose en burlarse de la comadreja, tan corta de vista ó tan tonta.

Hasta que se acordó de los pichones que había dejado abandonados en el nido, y volvió allá con su vuelo de relámpago amarillo, en tres enviones de armoniosas curvas.

No encontró ya los pichones; se los había llevado la compañera de la comadreja overa, temible trepadora de árboles, mientras su consorte le entretenía con mil preguntas.

¡Pobre del zonzo que se quiere hacer el vivo, en vez de cuidarse del vivo que se está haciendo el zonzo!



LXXX.

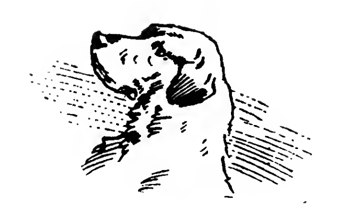
La fiesta del águila.

El águila, rey de los pájaros, resolvió juntar en una gran fiesta á todas las personalidades más distinguidas de su reino en todos los ramos, y todos acudieron, deseosos de figurar en la *Vida Social*, que seguramente publicaría la lista de los concurrentes.

Hubo militares, como el cóndor y el carancho, el halcón y muchos otros oradores, como el loro y la urraca; viajeros, como la golondrina y el pato; cantores, como el cardenal y la calandria; arquitectos, como el hornero; industriales, como el ganso, y no faltaron los amantes de lo bello, el pavo real, el picaflor y el cisne, ni muchas otras celebridades que anduvieron recorriendo los salones, luciendo cada cual su merecida reputación: el avestruz y la lechuza, y el chajá, y el flamenco, y en fin todos; el pavo también estaba.

La fiesta fué espléndida; se cambiaron elocuentes brindis, algo largos algunos, pero llenos de palabras entusiastas y de altos conceptos, y todos quedaron, al parecer, encantados.

Y sin embargo, al tomar el vuelo para sus respectivos pagos, á todos les parecía que algo les había faltado. Era simplemente que, habiendo venido cada cual únicamente para hacerse admirar por los demás, todos se habían chasqueado, desde el águila hasta el chingolo.



LXXXI.

El perro y las pulgas.

Un perro muy grande, fortachón y peleador, había conseguido infundir á sus más poderosos contrarios tal temor por sus colmillos, que luego que lo divisaban, se deshacían todos en humildes saludos. Lo aborrecían, pero no se hubieran atrevido á decirlo, ni siquiera á dejarlo ver, y se había vuelto el más orgulloso de los perros.

Una pulga, asimismo, tan poco miedo le tuvo, que se instaló entre su pelo, con su numerosa prole y con una caterva de parientes pobres; convidó á sus amigas y allí mismo dieron fiestas y bailes, sin incomodarse siquiera por los mordiscos del perro. Se reían de sus rabietas, y tanto mayor era su furor, mayor alegría les causaba.

Llegó el pobre á tal desesperación que todos, menos ellas, le tenían lástima, y com-

prendió que más vale tener unos cuantos enemigos fuertes que muchos pequeños, inasibles á menudo, y tenaces siempre.



LXXXII.

Las dos plantas.

Dos plantas, iguales, nacieron al mismo tiempo y á pocos metros de distancia una de otra, de dos semillas hermanas.

Una brotó en la orilla de un camino, siendo á veces cubierta de polvo, otras de lodo, quemada por el sol, en los días de verano, helada por el frío, en las noches de invierno, azotada por la lluvia, batida por el viento, y creció bien verde, vivaz y lozana.

La otra brotó al reparo de un techito que allí estaba, al pié de una pared, y no tuvo que luchar contra viento alguno; la lluvia no la mojaba, ni la quemaba el sol, y apenas sentía un poco el frio durante las noches largas de

agosto; y por esto mismo, creció delgada, endeble y descolorida.

Es que el luchar y el sufrir conservan la vida.



LXXXIII.

El águila.

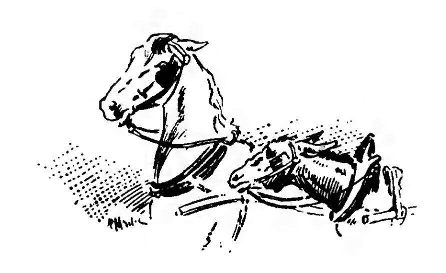
Cuando tuvieron los pájaros que elegir un rey, no pocos fueron los candidatos; y bien desprovisto de mérito se sentiría aquel que no pensó entonces, siquiera por un rato, en solicitar para sí los votos de los demás.

Se juntaron primero para designar candidato los más copetudos con los más inquietos y los más gritones. Pero pronto conocieron que cada cual tendría un solo voto: el propio; y se disolvió la asamblea, dejando que el pueblo eligiese á su gusto y nombrase al que más quisiera.

Y el pueblo, acariciado por muchos candidatos zalameros y prometedores, pero cansado

ya de gritos huecos y de agitaciones estériles, no vaciló en confiar sus destinos, á pesar de temblarle, al águila, que vuela en lo alto, solitario y callado, majestuoso y dominador.

Una pequeña liga de temor á veces hace más resistente el blando metal de la popularidad.



LXXXIV.

El caballo y el burro.

Un burro cargado con grandes canastas llenas de verdura, se metió en un pantano. Mientras estaba haciendo mil esfuerzos para salir á la orilla, pasó un caballo tirando con toda facilidad un carrito vacío. Bien hubiera podido ayudar al burro; pero miró y pasó. El burro siguió penando, callado, resignado, hasta librarse solo del mal paso.

Algún tiempo después, el burro, desensillado estaba paciendo con toda tranquilidad, cuando pasó el caballo atado á una volanta tan llena de gente, que apenas le daban las fuerzas para caminar al tranco. El burro levantó la cabeza, miró y siguió comiendo.

El caballo no pudo contener su indignación y lanzó tres ó cuatro relinchos expresivos á ese grosero, egoísta, mal criado, que no era capaz de ayudarle, viéndolo tan mal parado. El burro se hizo el desentendido, acordándose de lo de antes, y pensando, con razón, que al rico que no ayuda al pobre, hay que negarle la cuarta en medio del pantano.



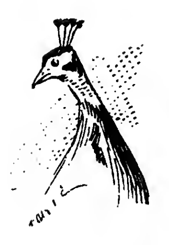
LXXXV.

Las abejas en sus comicios.

Nunca puede haber dos reinas en una colmena, y si por casualidad así sucede, una de ellas tiene que desaparecer en seguida, disparando con algún enjambre ó muriendo. Así reza la Constitución, y, para cumplir con ese mandato, procedieron una vez á votar los habitantes de una colmena.

La lucha fué recia, pues cada una de ambas reinas tenía sus partidarias acérrimas; tanto que una abeja quiso aprovechar el tumulto para votar dos veces. Pero todas, al momento, se dieron cuenta de lo que había hecho, y, sin más trámite, la mataron á aguijonazos.

. . . ¡Pues, amigo! . . .



LXXXVI.

El pavo real y sus admiradores.

El pavo real, con la cola desplegada, erguido en un delicioso cuadro de prados verdes, de aguas relucientes y de arbustos, parecía sacudir alrededor suyo, bajo los rayos del sol, una lluvia de pedrerías, un rocío de esmeraldas, de záfiros y de oro.

Le rodeaba un espeso círculo de admiradores extasiados, y él gozaba de veras.

Pero se le ocurrió á uno de los que allí estaban, decir en voz alta que también era muy lindo el faisán dorado. Por cierto, no le quitaba al pavo real nada de su mérito, y sin embargo se quedó éste tan triste, casi, como si le hubieran llamado feo.

Muchos pavos, que no siempre son reales, así piensan que el mérito ajeno rebaja el de ellos.



LXXXVII.

Parentesco póstumo.

Hubo, en otros tiempos, un caballo célebre; como él ninguno corrió jamás, y para que su nombre viviese eternamente en el recuerdo de la gente, decidieron las autoridades erigir á su memoria un grandioso monumento.

Se hizo una subscripción popular entre todos los cuadrúpedos; se llamó á concurso á los mejores artistas, y para el dia de la inauguración del monumento. se resolvió convidar, además de las autoridades, á todos los descendientes del ilustre prócer.

No alcanzaron las tarjetas, pues no hubo, ese

día, mancarrón inservible que no se diera por pariente de aquel gran caballo. Y cuando ya se iba á cerrar el registro, todavía se presentó el burro, asegurando que él también tenía con el célebre caballo cierto parentesco lejano.



LXXXVIII.

Los tres durazneros.

¡Qué hermosura! gritaron, una mañana de agosto, todos los árboles de una huerta, al ver cubierto de flores á un duraznero precoz.

Otros dos durazneros estaban allí también, pero sin flores todavía; y creyendo el peral que por envidia no aplaudían, se lo reprochó.

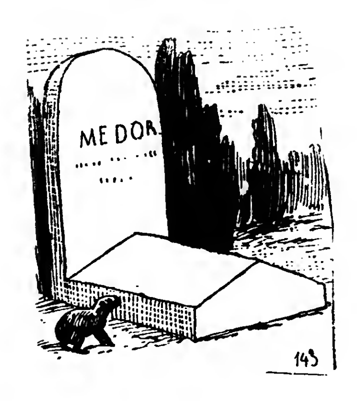
—¿Cómo quiere usted que celebremos la desgracia de este desdichado? — contestaron ellos.

Y efectivamente, pocos días después, vino una helada que hizo caer al suelo, quemadas, todas las frutitas apenas cuajadas.

Otro de los durazneros floreció entonces y se apresuró en dar, en la fuerza del verano, una enorme cantidad de frutas, pero pequeñas, comunes y de poco valor, por su misma abundancia.

El último esperó, para florecer, que el sol fuera más fuerte y dejó que durante todo el verano creciesen sus frutas, almacenando despacio en ellas todo el calor posible para ostentar en el otoño la admirable cosecha de sus hermosas frutas, grandes, sabrosas y bien sazonadas.

La precocidad es siempre peligrosa.



LXXXIX.

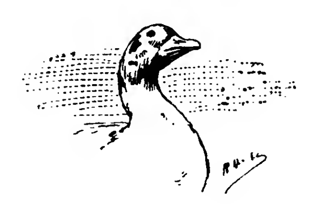
El cuis y el perro muerto.

Un magnífico perro, de gran precio, había muerto en la estancia, y su amo, para consagrar su memoria, le hizo edificar un soberbio sepulcro á donde lo llevaron en solemne procesión.

Al ver pasar el acompañamiento, en el cual figuraban todos los animales de la estancia, el cuis, que es pobre y vive como puede, en su miserable cuevita, siguió también, de curioso y no sin sentir cierta envidia hacia esos ricos que, aun muertos, parecen otra cosa que la demás gente.

Pero cuando lo hubo visto encerrar en el

monumento aquel, volvió, curado ya de envidia, á su casa, pensando con razón que más vale un pobre cuis en su miserable cueva, que cualquier perro rico en su bóveda de gran lujo.



XC.

El ganso.

Pocos son los pájaros que no tengan alguna pretensión musical, y no se crean cantores, cuando muchos de ellos no son más que gritones insorportables.

Se le ocurrió al águila, rey progresista y generoso, abrir entre los de sus súbditos que quisieran disputar el premio, un concurso de música, y eligió el mismo al jurado, compuesto de pájaros de reconocida competencia y de perfecta imparcialidad.

Tomaron parte en el certamen aves de toda

laya y tamaño, domésticos y silvestres, y despues de haberse cansado los oidos durante varios días ,escuchando cantos . y gritos, los jurados adjudicaron el premio al pájaro que les pareció realmente haberlo merecido... No fué el ganso, lo que nadie extrañará.

Pero éste no quiso acatar el fallo del jurado, y se fué diciendo por todas partes que los jurados eran unos imbéciles ó unos tramposos, y que sólo él, y nadie más, había merecido el premio.

Los jurados quedaban así malparados.

—¡Miren! tramposos ó imbéciles; y quizá ambas cosas á la vez—decían algunas buenas lenguas; hasta que un amigo de ellos aconsejó al ganso dar una prueba pública de su talento.

No vaciló el muy vanidoso, y después de haber juntado á mucha gente y explicado el caso, cantó... La disparada fué general, y el asunto quedó juzgado.



XCI.

Justas quejas.

Cansado Dios de oir, desde su trono de nubes, un confuso y continuo rumor de gritos y de rezongos, de reniegos y de quejas, mandó hasta la tierra á un emisario de su confianza, para que estudiara el caso é informara sobre la reformas que le pareciesen más urgentes.

Al llegar, oyó el emisario una disputa entre el zorro y la vizcacha. El zorro era el que gritaba más fuerte, tratando á la vizcacha de toda clase de cosas, y la vizcachera de cueva inmunda y de infame choza.

Preguntó el emisario á la vizcacha qué perjuicio le había hecho al zorro para que la tratase tan mal.

—¿Perjuicio yo á él? ¡pues, señor, está lindo!—contestó la vizcacha.—Le alquilé una pieza, y como le fuera á cobrar el alquiler, rompió la puerta, y de yapa me insulta.

Estaba tomando sus apuntes el emisario, cuando oyó quejarse del modo más lastimero la rueda de un carro. Chillaba como para rajarle á uno los oídos. Se acercó, y viendo que la otra rueda no decía nada, preguntó al carrero por qué se quejaba aquélla y ésta no.

—Es que la primera—contestó el hombre,—ya no sirve para nada, mientras que la otra anda como es debido.

Y pasó en este momento, montado en un soberbio caballo, un maturrango, quien, lastimado en las asentaderas y bamboleándose en el recado, insultaba al animal, tratándolo de mancarrón.

Los miró pasar el emisario y se sonrió con discreción.

A poco andar, encontró á un gaucho muy jinete, que, paciente, galopaba como podía en un animal bichoco. Y se quejaba el mancarrón de que el hombre era pesado y no sabía andar.

Pasaba en este momento el emisario por cerca de un corral donde un ovejero curaba de la sarna su majada; y vió que una oveja, una sola, se había cortado de las demás; y que aunque la persiguiesen todos los perros, por nada quería entrar en el chiquero; tanto que enderezó á los lienzos con tal fuerza que quebró uno por el medio.

Se fijó el emisario en la oveja, y vió que era la más sarnosa de toda la majada.

Agregó en su libreta un apunte más y se fué á dar cuenta de su misión.



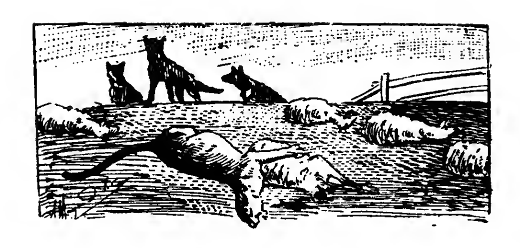
XCII.

La chicharra y la rana.

Entre las tupidas hojas de un arbol la chicharra chirriaba. De repente se calló, dejando sordos á todos su mismo silencio; y la rana aprovechó la ocasión para contestarle con su graznido.

Oyendo esto, la chicharra volvió á chirriar. La rana, ella, siguió, como si tal cosa, y, durante horas, ambas cantaron así juntas, sin hacerse caso una á otra. Hasta que, cansadas de tanto gritar, se callaron, exclamando ambas á la vez, en son de crítica:

—¡Qué lata tiene!



XCIII.

Decreto moralizador.

Entre los hombres, unos tienen mucha tierra y gozan de la vida sin trabajar; otros no tienen ninguna y trabajan sin gozar; bien pocos son los que la tienen justito para gozar trabajando.

Si tuviera cada cual que arar la tierra que tiene, preferirían unos cuantos, sin duda, cederla á otros.

El tigre, al ver que algunos de sus súbditos voraceaban, mientras otros casi se morían de hambre, quiso obligarlos por un edicto á comerse cada cual todo lo que cazara.

El zorro se tuvo que comer enterita la gallina que había robado y quedó repleto; lo mismo el gato con una gran rata y dos lauchas, y así de otros, sufriendo no pocos regular indigestión.

Pero quedaron sin comer muchos perros cimarrones, hambrientos y flacos, que por esto mismo nada habían podido cazar. Y miraban éstos, envidiosos, al puma ocupado, por orden superior, en devorar las diez ovejas que en la noche había muerto.

Su envidia duró poco: después de la primera oveja, el puma no podía más; y al acabar la segunda, obligado por el decreto, reventó.

Los perros flacos eran tantos que pudieron sin llenarse, comer las ovejas que quedaban y también el puma muerto.



XCIV.

El avestruz y el ganso.

El avestruz y el ganso, teniendo que recorrer juntos cierta distancia, caminaban á al par. Al cabo de muy poco tiempo, el ganso, todo cansado, le dijo al avestruz:

—¡Pero usted anda demasiado ligero, amigo!

—Si voy al tranco—contestó el avestruz.

Y después de andar algún trecho más, se dió vuelta el ganso, exclamando:

—¡Mire cuánto hemos andado ya!

—Mire más bien—le dijo el avestruz,—cuánto tenemos que andar todavía.

Para el ave de patas cortas cualquier paso

es rápido y cualquier paseo un viaje. Y para gente de vistas cortas, cualquier adelanto tambien es incomparable progreso.



XCV.

Los dos tigres y el zorro.

Dos tigres cazaban juntos. El zorro, desde lejos, cautelosamente los seguía, para tratar de conseguir, si fuera posible sin peligro, su modesta parte de la presa que cayese.

Al llegar á un pajonal, divisaron los tigres una gama con su cervatillo, dormidos en la orilla. De un brinco estuvieron encima; de un zarpazo los mataron.

El zorro, acurrucado entre los yuyos, seguía con interés la operación, listo para aprovechar los restos, una vez saciados los tigres. Pero pronto vió que estos señores se disputaban la gama grande; ambos la querían, y esta sola, despreciando la otra por ser más

pequeña; y tanto pelearon que uno murió allí mismo, teniendo el otro que retirarse mal herido á su guarida, con muy pocas ganas de comer.

De modo que con todo sosiego pudo el zorro aprovechar los bocados más sabrosos de las dos gamas muertas y aferrarse en su opinión de que disputar la mejor presa es cosa de poderosos, haciéndole más cuenta al débil contentarse con la que dejen aquellos.



XCVI.

El caballo y la mula.

Una mula, liviana, nerviosa, ágil y de pie firme, había atravesado, sin mayor dificultad, un pantano muy pegajoso.

Un caballo percherón, muy pesado, que andaba con ella, también hubiera querido pasar pero tenía miedo de quedarse empantanado, y estaba en la orilla, consultando con la mula.

La mula, criolla vieja, no quería comprometer opinión y se contentaba con decirle:

—Si no puedes, no te metas.

—Pero, ¿podré, amiga?—preguntaba el caballo.

—¿Quien sabe?—contestaba la mula.

Hasta que el caballo pensó que, fuerte como era, de cualquier modo pasaría; y se metió.

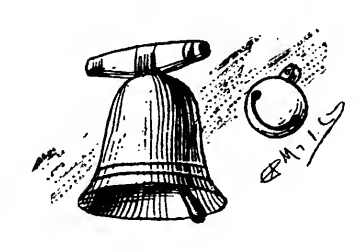
Pero después de algunos pasos, vió que por su peso entraba en el barro hasta el en-

cuentro, y en vez de moverse ligero y de chapalear para salir, vaciló, se dejó estar, y se atascó del todo!

Y la mula le decía;

—Ya que te metiste, no te hubieras parado.

Ó no meterse, ó tirar fuerte.



XCVII.

El cencerro y la campana.

Un cencerro, colgado de un hilo en la puerta de un zaguán, no hacía más, cada vez que se movía la puerta ó lo acariciaba el aire, que conversar y charlar, diciendo nimiedades, y riéndose como un loco, con esa boca que tienen los cencerros, abierta hasta las orejas.

Una campana grande, también estaba allí, sosegada en su sitio, hablando muy poco, ella, sólo cuando era necesario, y siempre con importancia y en tono grave.

Por supuesto que se pasaban la vida burlándose el cencerro de la campana, y retando ésta al cencerro.

—¿Sabe que algo de mi alegría no le vendría mal? señora campana—decía el primero.

Y la otra contestaba diciendo al cencerro que haría muy bien él en tomar algo de su formalidad.

El portero, que todo el día los escuchaba, pensó, como era cierto, que ambos tenían razón. Pero al querer aprovechar para sí el consejo, en vez de aprender á decir con gracia cosas graves, aprendió, el muy zonzo, á decir nimiedades con aires importantes.



XCVIII.

Los pajaritos y la luciérnaga.

Cuatro pajaritos recién emancipados del nido dormían en un monte muy tupido, con la madre. A las doce de la noche, fueron despertados por una luz y rompieron á gorjear.

La madre, sobresaltada, preguntó lo que les pasaba y contestaron en coro que ya había salido el sol. Y la madre les hizo ver que no era más que una pequeña luciérnaga.

Á muchos les pasa lo mismo, que ven genios en todas partes y gritan:—¡Aquí está el sol! al prenderse cualquier vela.



XCIX.

Ayuda oportuna.

Una vizcacha había tenido la desgracia de ver destruída su cueva por el hombre. Por suerte había podido escapar con vida, pero andaba errante, arruinada, sin casa, sin nada. Había acudido á varias vizcacheras, pidiendo ayuda para rehacer su cueva, prometiendo pagar poco á poco el trabajo de las compañeras que vinieran en su auxilio; pero, al verla tan pobre, todas le cerraron la puerta, echándola á pasear, en muchas partes, con palabras de desprecio.

La pobre apeló entonces á su sola energía; trabajó con afán, luchó, peleó, conquistó tierra, volvió á cavar su cueva, la agrandó paulatinamente, se creó una familia que poco á poco se hizo poderosa.

Y vinieron entonces á ofrecérse todas las vizcachas del pago, con mil zalamerías, poniendo á su disposición elementos de todas

clases para cualquier cosa que se le ocurriera.

Dió las gracias. Ya no necesitaba más nada.

Al pobre que pide ayuda: ¡palos! que sólo cuando ya no la precise, se la vendrán á ofrecer.



C.

El cimarrón y el zorro.

Cada vez que el cimarrón encontraba al zorro, se admiraba de que éste pudiera estar tan gordo, cuando él, que era más fuerte y quizá mejor cazador, andaba siempre tan flaco. Siempre parecía el zorro recién salido de la mesa, mientras él, por lo contrario, siempre andaba buscando donde tenderla. No se explicaba el porqué de semejante diferencia, hasta que, un día, se decidió á pedirle al zorro le dijese de donde, á su parecer, podía provenir.

—¿Quién sabe?—dijo el zorro, meneando la cabeza con aire reflexivo. — Será porqué

no lo acompaña la suerte, pues sus méritos....

—No hay duda—asintió el otro.

—Pero,—agregó el zorro,—si usted consintiese, podríamos ayudarnos uno á otro y poner en sociedad lo que encontrásemos.

—Se lo iba á proponer—interrumpió el cimarrón, y tomando aire de importante, agregó:—Usted conoce mi fuerza y mi viveza sabe que no solamente cazo los animales silvestres, sino que también soy muy capaz de llevarme, de vez en cuando, una oveja.

—¡Cómo no!—dijo el zorro.—¿Cómo no he de conocer sus méritos, si son notorios?

Y quedó en seguida cerrado el trato, con gran contento del hambriento cimarrón, que, sabiendo que el otro era muy diablo para cazar y se llenaba pronto porque era pequeño, ya calculaba cuán ventajosa sería para él la sociedad.

Y el zorro, para dar principio á las operaciones, llevó al cimarrón á un bosquecillo donde había visto colgado un gran trozo de carne fresca. Se lo mostró desde lejos y le dijo que fuese á traerlo para comerlo juntos, con toda tranquilidad, en la orilla del monte. El cimarrón le decía que mejor harían en ir á comerlo allá no más, donde estaba colgado; pero el zorro insistió, asegurando que era prudente poder vigilar la llanura para evitar

sorpresas. Y el cimarrón fué, admirando la sagacidad de su compañero.

—Es muy diablo — repetía caminando, — es muy diablo.

El zorro seguía con mucha atención los movimientos del cimarrón, no porque temiera que, traicionándolo, se fuese con la presa, sino porque ese trozo de carne, así colgado en medio de un monte solitario, no le inspiraba ninguna confianza.

—Alguna trampa debe de ser—pensaba—ó carne envenenada; mejor será que la pruebe primero mi socio.

La espera fué corta. Llegado que hubo el cimarrón, agarró la carne con los dientes y pegó un tirón. No pegó dos, porque en el acto quedó con las costillas tan apretadas entre los arcos de un armadijo, que apenas podía gritar.

El zorro vino corriendo, se apoderó con toda facilidad y sin peligro de la carne, y como seguía quejándose lastimeramente el cimarrón, le dijo, sin reirse:

—Mire, socio, le voy á dejar la mitad de la presa para que la coma cuando vengan á libertarlo, pues seguramente han de venir. Mientras tanto, paciencia.



CI.

La nutria y la gallareta.

Más de una vez la gallareta había indicado á la nutria donde podría, en la laguna, encontrar con toda seguridad algún pez grande. La nutria iba, pescaba, comía y floreaba con sus compañeras, haciendo admirar su viveza y su suerte, sin hablar siquiera, por supuesto, de la gallareta y de sus avisos.

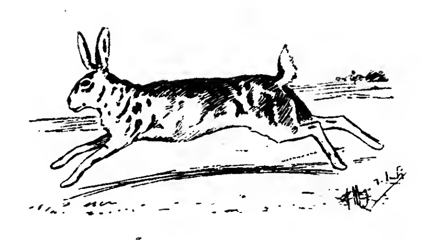
Un día, vino esta hacia ella, nadando á toda prisa y le indicó un punto de la laguna en el cual estaba un magnífico pejerrey. La nutria se echó á nadar, y, momento después, salía á la orilla, apretando entre sus largos dientes de coral el pescado que, retorciéndose, hacía relucir al sol sus escamas de plata.

Lo empezó á comer, y tan glotonamente que al rato se atoró con una espina y estuvo en grave peligro de morir.

Se le acercó entonces la gallareta, si no á socorrerla, lo que no podía hacer, por lo menos á consolarla.

Pero cuando la nutria volvió en sí y pudo hablar, lo primero que le dijo fué que por culpa de ella casi había muerto asfixiada, por haberle ella indicado ese maldido pejerrey; que sin eso, nada hubiera sucedido.

Y là gallareta, humilde y resignada, se volvió á esconder entre los juncos, pensando que si ciertas personas tienen todos los méritos y otras la culpa de todo, es que así no más tiene que ser.



CII.

Las liebres.

Cuando llegaron á la Argentina, eran seis. Encontraron mucho que comer y prosperaron. Se multiplicaron y cundieron. Cundieron tanto que empezaron á hacerse cargosas, y como no daban nada, casi, en compensación de los perjuicios que causaban en todas partes, en todas partes, empezaron á perseguirlas.

El Hombre, los perros, el zorro, el carancho, el hurón, la comadreja y algunos otros bichos carnívoros no perdieron ocasión de matarlas, para comerlas y hasta para dejarlas tiradas.

Y las liebres, viendo que no tenían más que enemigos en este país que, pacíficamente habían pensado conquistar, pidieron su reembarco.

Pero no se pudo atender su solicitud: ¡eran eis millones

Obsta principiis. Eficáz ademán de gobierno es atajar en el umbral al intruso que huele á plaga.

FIN

INDICE



